

 Andrea  
Camilleri **La banda  
de los Sacco**



DESTINO

# Índice

## Portada

### Los hechos, tal como ocurrieron

1. Ascenso de una familia
2. Pero estaba la mafia
3. Las primeras nubes negras
4. Las primeras gotas de sangre
5. Dos misterios: la muerte del padre y la evasión de Vanni
6. La clandestinidad obligatoria
7. Muerte del primer capo de la mafia
8. Emboscadas, traiciones y equívocos trágicos
9. Los herederos desafortunados
10. El Prefecto de Hierro
11. El primer intento de captura
12. El engaño y la represión
13. La captura
14. Ajustemos cuentas
15. El proceso

### La cárcel y la gracia

### Consideraciones sobre los capítulos

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Nota](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

**Los hechos, tal como ocurrieron**

# 1

## Ascenso de una familia

A mediados del siglo XIX, Luigi Sacco es tan sólo un muchacho espabilado y vivaz que trabaja como jornalero. Yendo de campo en campo, consigue pequeños contratos en las tierras cercanas a Raffadali, su pueblo natal. Éstas son sus riquezas: la juventud, dos brazos fuertes y muchas ganas de trabajar. Por lo demás, le faltan hasta los zapatos.

Está muy enamorado de una bella muchacha, jornalera como él, llamada Antonina Randisi. Y ella también lo ama a él.

A los dos les encantaría casarse y tener hijos, pero no tienen dinero, casi no ganan lo suficiente para sobrevivir y las fuerzas apenas les llegan para trabajar de la mañana a la noche.

La vida del jornalero es muy dura.

En primer lugar, no es un trabajo estable ni dura todo el año, sino que es una actividad temporal.

Es decir, que durante tres meses trabajas y entonces puedes comer media hogaza con una sardina, y durante tres meses no trabajas y lo único que comes —y eso si la suerte ayuda— es un mendrugo de pan seco con un poco de achicoria.

Cuando llega la época de la cosecha (los momentos del año en que se recogen las almendras, las habas, las aceitunas, las uvas o el trigo), los jornaleros se reúnen a las siete de la mañana en un sitio establecido, que en general es una plaza del pueblo, y allí esperan a los capataces, que, por

encargo de los patrones, van a *fari la chiurma*, o sea, a reclutar a las personas, varones y mujeres, que se han congregado en el punto de encuentro para llevarlas a los campos.

La posibilidad de que te escojan depende totalmente del capataz, que no siempre elige a los jornaleros por lo buenos que son en su trabajo o por lo mucho que se esfuerzan en ganarse la escasa paga, sino que a menudo y de buena gana obedece las órdenes de un mafioso, o el ruego de un amigo, o de un amigo de un amigo. O, si no, muchas veces decide quién sí y quién no a su antojo, según si alguien le cae simpático o antipático.

Y si alguien, aunque sea una sola vez, ha contrariado al capataz —por ejemplo, por discutir la paga o el horario de trabajo, o por quejarse de alguna vejación o atropello—, puede olvidarse de que lo vuelvan a llamar otra vez. Entonces es mejor quedarse en la cama: al menos se gana algo de sueño.

Se comienza a trabajar con las primeras luces del día y se acaba cuando cae la tarde.

Sólo está permitida una pausa de una hora, que debe bastar para que los trabajadores coman y hagan sus necesidades.

Pero ¿qué comen los jornaleros?

Una hogaza de pan de un kilo acompañada con una sardina salada o un huevo duro.

Para que la comida sea soportable, primero se meten la sardina o el huevo duro en la boca, los giran con la lengua y luego se los sacan fuera aún intactos. A continuación, se comen los primeros tres cuartos de la hogaza acompañados por el sabor de la sardina o del huevo.

Sólo se comen la sardina o el huevo cuando queda el último cuarto de hogaza.

Beben agua, que mantienen fresca en un cántaro.

En algunas ocasiones, muy raras veces, si el patrón es generoso, ofrece el condumio, que consiste en un poco de berenjenas o una escudilla de harina de habas cocinada en agua y reducida a papilla, con un chorrito de aceite encima, y que sirve para acompañar al pan.

Si el trabajo debe continuar al día siguiente, los jornaleros duermen al raso. Y alguno canta:

*Ayer por la tarde me acosté al sereno:  
las estrellas fueron mi abrigo;*

*el lecho, un palmo de terreno;  
la almohada, un brote amargo...*

Los más afortunados o los más ancianos encuentran refugio para la noche en algún pajar.

Un día, Luigi supo que don Agatino, un viejo y venerado especialista en hacer injertos con árboles de pistacho, quería hablar con él.

Es preciso saber que los árboles de pistacho se dividen en árboles machos y hembras; un árbol macho, llamado terebinto, vale por ocho hembras.

Un árbol hembra no es capaz de dar frutos antes de cumplir doce años. Y, al duodécimo año, hay que injertarlo; en caso contrario, nunca podrá producir nada.

Pero el árbol hembra es bastante caprichoso: o el injerto arraiga a la primera o, de lo contrario, el árbol no dará ni un solo fruto y no habrá manera de hacerlo cambiar de idea.

Doce años perdidos cuidando un árbol estéril.

Sin embargo, el propietario de un pistachero tiene en sus manos una mina de oro: el pistacho es un producto muy solicitado y se vende carísimo.

Don Agatino, reconocido maestro en las artes de injertar pistacheros, ha perdido a su ayudante, que ha emigrado a Norteamérica.

Y ha oído que Luigi es un buen muchacho, una persona honrada y trabajadora. Es por eso por lo que le propone que aprenda el oficio y sustituya al antiguo ayudante.

Luigi acepta sin pensarlo, sobre todo porque la paga que le ofrece don Agatino es muy buena, suficiente para que su existencia cambie por completo.

Y pasa a aprender los secretos de su nuevo trabajo.

A Luigi Sacco le bastan tan sólo tres meses para entenderlo todo sobre el arte del injerto y otros tres meses para superar al maestro, como admite con sinceridad el mismo don Agatino.

Y, después de poco tiempo, viejo y sin necesidades económicas, el maestro se retira y le deja todo su negocio a Luigi.

El renombre de Luigi como milagroso experto en pistacheros que nunca se equivoca a la hora de hacer los injertos se propaga con rapidez por la zona; y entonces, las pequeñas plantaciones de pistacheros de los alrededores

comienzan a contratarlo para injertar verdaderos bosques de pistacho en Santo Stefano Quisquina, en Cattolica Eraclea y en otros pueblos de la provincia.

Pero aquello que había empezado como un oficio con el que ganarse la vida pronto se convierte en una verdadera pasión para Luigi.

Desde hace tiempo, su trabajo lo obliga a pasar cerca de una plantación de pistacheros propiedad de un juez llamado Vassallo. Se trata de una plantación estéril, porque los injertadores contratados por el juez se equivocaron en el momento del injerto. En cambio, a Luigi le parece que aún puede salvarla, y así, sin decirle nada a nadie, la injerta en el momento adecuado.

Porque éste es el arte: intuir el momento preciso, ni un día antes ni un día después, de realizar el corte.

Transcurridos unos días, el capataz corre en busca del juez y le cuenta que la plantación de pistacheros ha renacido.

El juez llama a sus injertadores y pregunta quién de ellos ha conseguido lograr semejante milagro. Pero éstos dicen que ellos no tienen nada que ver. El juez, después de hacer varias averiguaciones, descubre que ha sido Luigi y lo quiere conocer. Lo invita a su casa, le da las gracias y le pregunta cuánto le debe por el trabajo.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Este trabajo lo he hecho por placer, no porque usted me lo haya pedido.

Y no aceptará de él ni siquiera un céntimo.

Al cabo de poco, gracias a su habilidad con los injertos, Luigi consigue ahorrar el dinero para construir una casita y casarse finalmente con su Antonina.

Pero, entretanto, Luigi, que siempre está buscando nuevas formas de conseguir algo de dinero, ha descubierto un oficio con el cual se gana mucho y que se puede hacer perfectamente en las pausas entre un injerto y otro.

Es un oficio tan extraño que, al oír su nombre, a todos les entra la risa: el atrapamoscas.

Es un farmacéutico, propietario de una plantación de pistacheros en la que Luigi había trabajado, quien le hace la propuesta.

—¿Te agradecería hacer de atrapamoscas para mí?

Luigi lo mira atónito.

—¿Está de broma?

El farmacéutico le explica que las moscas que debería atrapar son las que se ponen sobre las hojas del saúco para chuparlas. Moscas raras, que se ven por aquellas tierras sólo durante unos pocos días en los meses de abril y mayo.

Luego el farmacéutico lo lleva a la trastienda de la farmacia y le enseña una mosca muerta.

—Es este tipo de mosca el que debes atrapar. Se llama cantárida. Y no es fácil de encontrar, como te dije. Y yo te pagaré bien por cada mosca que me traigas.

—Y ¿para qué sirve?

El farmacéutico se ríe.

—Sirve para que un hombre de sesenta años como yo pueda hacer el amor como un muchacho de veinte. Nosotros, los farmacéuticos, convertimos estas moscas en un polvillo que se vende a peso de oro y que debe tomarse en pequeñas dosis porque, de lo contrario, puede matarte.

A fuerza de atrapar moscas y de injertar, al cabo de poco tiempo Luigi puede comprarse una parcela de tierra de ocho hectáreas. No obstante, hay que labrarla y cultivarla: hace muchos años que ese terreno no recibe el cuidado diario del hombre.

A Luigi le fían la tierra sin hacérsela pagar al contado porque el propietario tiene una grandísima confianza en su honradez.

—Cuando tengas el dinero, me pagas la cuota.

Con el paso del tiempo, Luigi y Antonina tienen cinco hijos varones y una niña. En este orden: Vincenzo, Salvatore, Giovanni, Girolamo, Filomena y Alfonso.

Poco a poco, los hijos crecen, y la verdad es que no hurtan el cuerpo. Tienen muchas ganas de trabajar y de abrirse paso en la vida, así que no dudan en ponerse a ayudar a su padre.

Ahora el terreno, bien cultivado, tiene un viñedo, una plantación de pistacheros —Luigi sigue aprovechando sus habilidades a la hora de realizar injertos— y un almendral.

Luigi compra dos asnos y una mula.

La casita se ha agrandado bastante: ahora hay también un almacén y un establo para las bestias.

Al cabo de un tiempo, Salvatore decide que, para ayudar a su padre a pagar las cuotas del terreno y para liquidar lo antes posible la deuda, partirá a Estados Unidos. Emigra cuando aún es casi un niño, y se queda allí durante nueve años.

Trabaja como un esclavo y manda siempre dinero a casa.

Al poco tiempo, Vincenzo parte para Argentina, donde se quedará ocho años.

Y también él, siguiendo el ejemplo de su hermano Salvatore, manda a casa todo el dinero que puede.

Para ayudar a su padre en los campos, quedan Giovanni, llamado *Vanni*, y Girolamo.

Alfonso es todavía demasiado pequeño para sostener la pesada azada con la mano.

Y, además, su padre le tiene reservado un destino distinto. Muy ambicioso para aquellos tiempos.

Luigi quiere que este hijo estudie Derecho. Mientras tanto, el padre y los hermanos lo mantendrán y le pagarán los gastos de la carrera.

Los Sacco a duras penas han aprendido a firmar, y no saben leer ni escribir bien. Y lo cierto es que todos ellos sufren mucho por el hecho de ser casi analfabetos.

En su *Memorial*, Alfonso escribe que, de todos los jornaleros de su pueblo, sólo uno, de ideas socialistas, era capaz de leer el periódico, aunque lo hacía despacio y no sin dificultad. Y lo más fascinante era que los jornaleros pensaban que eso era lo justo y lo natural, es decir, que el periódico debían leerlo y entenderlo «sólo los señores».

Cuando estalla la primera guerra mundial, llaman a las armas a Giovanni, Girolamo y Salvatore (que acaba de regresar de Estados Unidos), de manera que parten para el frente.

En consecuencia, Alfonso se ve obligado a dejar los estudios para ir a

trabajar con su padre, que se ha quedado solo, ya que Vincenzo todavía está en Argentina.

Pero al final de la guerra se reúnen todos, incluido Vincenzo. A Girolamo lo han herido durante su estancia en el frente y el Estado lo ha reconocido como «gran inválido».

En el campo, el padre y los hijos siguen trabajando codo con codo en perfecta armonía. Con el tiempo, se construyen varias casas, adosadas las unas a las otras, y nuevos establos.

Tres de estas casas son para Vincenzo, Giovanni y Filomena, que mientras tanto se han casado.

También han edificado un lagar para hacer vino.

Una gran colmena con cincuenta arnas.

Se han comprado otra mula, cuatro vacas y dos yeguas, que engendran dos mulas más al año.

Salvatore, con la ayuda de un amigo que sabe cómo hacer funcionar la maquinaria, instala un molino en un almacén que hay en el centro del pueblo. Gracias a la ubicación en la que se encuentra, su rendimiento es excelente desde el momento en que lo pone en marcha.

Vincenzo trabaja en la recepción de la cooperativa socialista (los Sacco son todos de ideas socialistas). Además, también es un buen fotógrafo —ha aprendido el oficio en Argentina— y como tal, inmortalizando bodas, bautizos y funerales, se gana bien la vida.

A Giovanni se le ocurre una idea genial.

La conexión con la capital de la provincia, Girgenti (que hoy en día recibe el nombre de Agrigento), la realiza una vieja diligencia arrastrada por caballos. Se dedica a transportar correo y pasajeros, y hace el trayecto de ida por la mañana y el de vuelta por la tarde. Cada viaje dura media jornada.

Pero cada día son muchas las personas que se ven obligadas a permanecer en tierra, dado que la diligencia puede llevar, como máximo, a ocho pasajeros.

Entonces, Giovanni, para no hacerle un desaire al propietario de la diligencia, se asocia con él y, junto con otros amigos, compra un autobús que en una sola jornada es capaz de hacer dos viajes de ida y dos de vuelta entre Raffadali y Girgenti.

Y, puesto que se encarga también del servicio postal, la sociedad de Giovanni recibe una contribución anual de veinte mil liras por parte del Estado.

Poco después, Giovanni y sus socios compran un camión. Lo utilizarán para el transporte de mercancías y realizará el mismo recorrido que el autobús.

Pero, cuando llega la hora de la cosecha, todos vuelven a ser campesinos.

A mediodía y por la tarde, la familia se reúne para comer siempre en torno a la misma mesa.

Los hermanos casados se sientan con sus mujeres.

Todos viven en casas construidas la una junto a la otra sobre el terreno de la familia.

Jamás hay un roce ni una pelea entre ellos.

Todo el mundo los conoce por su honradez, su seriedad y el respeto absoluto que tienen por la palabra dada.

Los Sacco ya han alcanzado el bienestar.

Han sudado para conseguirlo, pero no piensan limitarse a disfrutar de él y no hacer nada más en la vida.

Vanni tiene otras ideas en la cabeza: quiere comprar al menos otros dos autobuses y hacer otras líneas para comunicar Raffadali con los pueblos vecinos.

Pero estaba la mafia.

## 2

### Pero estaba la mafia

¡Vaya si estaba!

A principios de la segunda década del siglo XX, Raffadali está completamente dominada por la mafia, que ha sustituido en todo y por todo al Estado.

La mafia ha impuesto su «código de honor», que no sólo vale para quien pertenece a la «honorable sociedad», sino que también dicta a los ciudadanos corrientes las reglas por las que deben regirse en su día a día.

Por ejemplo, para resolver una disputa familiar ya no hay que dirigirse al mariscal de los carabinieri, como se hacía antes, sino al capo de la mafia. Éste decide a su manera una solución para la controversia que se le plantea, y su juicio, una vez pronunciado, es inapelable.

Y quien se rebela contra esa sentencia casi siempre arriesga la vida, porque la palabra del capo de la mafia es sagrada, es el Evangelio, nadie puede contradecirla o ponerla en discusión.

Y tampoco puedes acudir a los carabinieri si te han robado ganado o dinero. Primero, siempre tienes que informar del asunto al capo de la mafia, y entonces él decide si resuelve la cuestión en persona o si te da permiso para presentarte ante los carabinieri y poner una denuncia.

La mafia se entromete también en la vida privada de los ciudadanos y a menudo prohíbe que se celebre un matrimonio o que alguien compre una parcela de tierra o abra un negocio.

En resumen, el capo de la mafia tiene muchas caras: en algunas ocasiones se muestra como un páter familias bueno y conciliador, en otras como un

mediador agudo y sagaz, y a veces como un juez severo. O, mejor dicho, como un verdugo feroz.

Pero, siempre y en cualquier caso, como un extorsionador despiadado.

Así es la vieja mafia, la de los feudos y los campos, y Raffadali es un pueblo que vive exclusivamente de las actividades agrícolas.

Los extorsionados no son sólo los terratenientes, sino también sus aparceros, y hasta los aldeanos que poseen minúsculas parcelas de terreno.

En el pueblo, todos los comerciantes y empresarios deben someterse y pagar la mordida.

La mafia suele mandar cartas anónimas, tan agramaticales como amenazantes, con las cuales exige el pago de la cuota que, según sus normas, dice que le corresponde por derecho.

Quien no paga de inmediato suele recibir alguna advertencia. Por ejemplo, hay a quien le queman la cosecha, a quien le talan los árboles o a quien le degüellan el ganado.

Si después de las advertencias la mafia no recibe el dinero que exige, el siguiente paso es matar a alguien de la familia de quien no ha querido pagar.

Y entonces escribe una última carta.

Si tampoco recibe respuesta, esta vez el asesinado es el destinatario.

En Raffadali hay dos capos de la mafia: un capataz que se llama Cuffaro y un carnicero cuyo nombre es Terrazzino.

Pero se murmura que detrás de ellos está un conocido abogado, la verdadera pero oculta mente de la banda.

Escribe Alfonso Sacco:

*La piovra*<sup>[1]</sup> había visitado a casi todas las familias: en algunos casos habían matado al padre, y en otros, al hermano, al hijo o al marido; a algunos campesinos también les había robado el ganado y otros haberes.

Hay que advertir que en estas cuatro líneas Alfonso llama *piovra* a la mafia.

Cuando las escribió, la televisión, que después filmaría una exitosa serie sobre la mafia titulada justamente «La piovra», aún no existía en nuestro país.

Los carabineros no pueden hacer nada contra la mafia, que campa a sus anchas por la comarca. Asisten impotentes a lo que ocurre. Como mucho, arrestan a algún ladrón de poca monta que la mafia deja a su merced porque ha robado sin su permiso.

Los mafiosos infunden miedo, y el miedo genera la ley del silencio.

Además, el cuartel anda siempre escaso de militares, y para luchar contra la mafia se necesitarían muchos carabineros.

Viendo que la ley no puede con ellos y que la gente no se atreve a rebelarse, la mafia es cada vez más prepotente.

Ya no se contentan con el dinero que reciben mediante las amenazas y los tiroteos y los asesinatos y el ganado degollado y las cosechas quemadas. No, ahora pretenden controlar también el destino de las personas.

Es en esta época cuando los mafiosos comienzan a secuestrar muchachas, ya sea porque se quieren casar con ellas por la fuerza o, simplemente, porque les apetece disfrutar de las chicas durante algunos días y luego devolverlas a casa deshonradas para siempre.

Parece como si se hubiera vuelto a los tiempos en que el señor del pueblo ordenaba a sus esbirros que le trajeran carne fresca.

Pero el hecho que enciende la rabia popular contra la mafia ocurre en 1922, justo el año en que el poder de la mafia parece no tener más oposición.

Una noche de verano en la que hace mucho calor, los tres hermanos Gallo, un varón y dos mujeres —que apenas son unos adolescentes—, deciden ir a dormir al aire libre, en la era.

Mientras están durmiendo, llegan ocho personas armadas, cogen a la más pequeña de las hermanas y tratan de raptarla. La niña se pone a gritar y despierta a sus hermanos. Los dos se dan cuenta de inmediato de lo que está ocurriendo y, aunque están desarmados, se lanzan contra los secuestradores para defender a su hermana en peligro.

En cuanto tratan de acercarse a su hermana, la banda de secuestradores los tirotea sin piedad hasta que caen asesinados.

La madre, como de costumbre, sale muy temprano para ir al campo a

trabajar y se encuentra con el cuerpo de sus dos hijos.

Después de algunos días, unos lugareños encuentran a la hermana pequeña. Los secuestradores la han abandonado cerca de las primeras casas del pueblo.

Pero, después de ver cómo han matado a sus hermanos y de sufrir las vejaciones que le han hecho pasar los secuestradores, se ha vuelto completamente loca.

Nunca se curará, pasará el resto de su vida encerrada en un manicomio.

Pero el horror de esta historia continúa.

La indignación de todos los aldeanos honrados mueve a los carabineros a investigar lo sucedido. Y, después de hacer muchas averiguaciones, arrestan a los ocho individuos que habían participado en el secuestro. Todos ellos son hijos de mafiosos.

Pero, cuando se celebra el juicio, la sentencia es tan benévola con los secuestradores que la pobre madre —una mujer viuda que ahora tiene que cargar con el dolor de los dos hijos asesinados y la hija loca— se pone en pie para protestar y de repente cae al suelo, muerta por un infarto, delante de los jueces.

«Al salir de casa, nadie estaba ya seguro de regresar», escribe Alfonso respecto de aquellos años.

Y no exagera.

### 3

#### Las primeras nubes negras

La vida de los Sacco cambia en los primeros meses de 1920.

Luigi ha enseñado a sus familiares una precisa regla de vida.

Cada mañana, la mesita de la primera habitación de la casa de campo debe estar dispuesta, y encima de ella tiene que haber una hogaza de pan fresco, un trozo de queso, mucha fruta y una garrafa de vino.

Dichos alimentos están a disposición de quien pasa por aquellos parajes y necesita algo de comer y de beber.

Cualquiera que lo desee entra, se sienta, come, bebe y se va.

Nadie le hará ni la más mínima pregunta al forastero.

Además, al lado de la puerta de entrada, hay haces de leña para quien necesita encender un fuego.

Y también hay dos o tres capazos con semillas de diferentes clases. Están a disposición de todo aquel que quiere sembrar pero no tiene dinero para comprarlas.

Y Luigi también ha dicho que, si alguien viene a pedir limosna, hay que dársela siempre. Y si alguien necesita un pequeño préstamo, también hay que hacerlo, sin cobrar intereses y sin establecer cuándo tendrá que devolverlo.

Pero la mafia no quiere limosnas.

Un mal día, Luigi Sacco recibe una carta de la mafia: le reclaman una gran

suma de dinero. Dado que nunca ha ido a la escuela, le pide a alguien que ha estudiado que se la lea. Pero, antes de que el otro comience, ya ha entendido de qué se trata.

Aquella misma tarde, cuando toda la familia está reunida en torno al fuego, porque hace frío, Luigi saca la carta del bolsillo y se la tiende a Alfonso.

—Léela.

Su hijo la lee en voz alta. Luego Luigi se la quita de las manos y, sin decir ni una palabra, la echa al fuego.

Con ese gesto, toda la familia Sacco sella un compromiso: no doblegarse jamás.

En la habitación, a pesar de que el fuego está encendido, ahora parece que hace frío.

Luigi no responde a la carta.

Cinco noches después, un fuerte ruido que proviene de los establos despierta a los Sacco.

Sin lugar a dudas, alguien está intentando robar el ganado.

Salen todos juntos de sus casas y comienzan a disparar al aire. Al final, los ladrones se ven obligados a escapar.

Aquel mismo día, a primera hora de la mañana, Luigi Sacco acude al despacho del mariscal de los carabineros y denuncia el intento de robo.

El mariscal lo mira, asombrado:

—¿De verdad quiere presentar la denuncia?

—Sí, señor.

—¿Sabe que es inútil, que no podemos hacer nada?

—De todos modos, quiero denunciarlo.

Cuando sale del cuartel para ir a buscar la mula, un individuo que pasa a su lado le dice en voz baja:

—Te has equivocado.

No pasa ni una semana y ya llega una segunda carta amenazante que no obtiene respuesta, como la primera.

Algunos días después, unos desconocidos prenden fuego a dos cobertizos que los Sacco utilizaban para guardar la comida para el ganado y los utensilios para trabajar en el campo.

A la mañana siguiente, Luigi Sacco, impertérrito, vuelve al cuartel de los carabinieri para hacer la correspondiente denuncia.

Mientras va de camino al cuartel, se cruza con varios de sus vecinos por la calle. Pero nadie lo saluda. Fingen no verlo. No quieren tener nada que ver con alguien que, en vez de dirigirse al capo de la mafia para obtener justicia, va a presentar una denuncia ante los carabinieri.

Luigi está mandando a hacer puñetas las reglas dictadas por la mafia y observadas por todos. Luigi es prácticamente un muerto que camina.

Al verlo aparecer de nuevo por su despacho, también el mariscal se siente incómodo.

Con cada nueva denuncia, Luigi Sacco subraya, a los ojos de los aldeanos, la impotencia de las fuerzas del orden para hacer que se cumpla la ley.

Y, al salir del cuartel, Luigi vuelve a toparse con el mismo desconocido de la última vez:

—Sigues equivocándote.

Luigi finge no haber oído.

No pasan ni diez días cuando llega la tercera carta. Luigi Sacco le hace el mismo caso que a las dos anteriores.

Pero, por prudencia, se traslada con toda la familia del campo al pueblo.

Un lunes por la mañana de principios de marzo de 1920, Giovanni y Alfonso cogen sus caballos y galopan, como hacen cada día, hasta su propiedad en el campo.

Y encuentran las casas y las colmenas completamente quemadas. Hace pocas horas que las han incendiado: una columna de humo todavía se eleva hacia el cielo.

Un daño enorme.

Y Luigi va a presentar la nueva denuncia. Mientras camina hacia el cuartel, en torno a él se hace un silencio sepulcral.

—¿Usted sabe quién ha sido? —le pregunta el mariscal a Luigi, que ya es como de la familia en el cuartel.

—Sí. Puedo dar los nombres.

—Los nombres los podría dar también yo. Pero no bastan. ¿Tiene pruebas de que han sido ellos?

—No.

—Entonces no puedo hacer nada.

—Pero usted, de todos modos...

—Mire, las cosas son así. Aunque usted tuviera las pruebas y yo arriesgara mi vida y la de mis hombres para ir a arrestarlos, después de pocos días el juez instructor los dejaría en libertad. Y ellos se me reirían en la cara. Ya me ha sucedido. Y estoy cansado.

—Entonces, ¿debemos defendernos solos?

—Yo no he dicho eso.

—Usted no lo ha dicho, pero es la conclusión lógica que puedo deducir de sus palabras.

El mariscal se limita a guardar silencio.

Esta vez, el desconocido no le dice que se ha equivocado, sino que pasa a las amenazas:

—Vigila a tus hijos. Y mira hacia atrás cuando vayas por la calle.

Entonces Luigi, sin abrir la boca, le pega un puñetazo en la cara.

El otro cae al suelo. No esperaba esa reacción. Luigi prosigue por su camino.

También Alfonso, a pesar de ser menor de edad, pide el correspondiente permiso de armas. Únicamente podrá utilizarlas bajo la responsabilidad de su padre.

Con toda la paciencia del mundo, los hermanos Sacco reconstruyen sus casas. Aunque en su interior bullen de rabia.

En su vida, de repente, todo ha cambiado.

Escribe Alfonso:

*Aquí termina nuestra tranquilidad, nuestra actividad como honrados trabajadores. La paz huye de nuestra familia y entramos en la selva oscura de donde ya no hemos podido salir [...]. Íbamos al campo todos armados con fusiles, mosquetones y pistolas; mientras uno o dos conducían el ganado, los demás oteaban el horizonte con las armas cargadas, de modo que nadie se acercara a nosotros, sobre todo cuando pasábamos por los lugares que creíamos más peligrosos.*

Una tarde de marzo, siempre en 1920, al atardecer, Alfonso advierte que, lejos, en el camino de Raffadali, hay cuatro siluetas humanas que se acercan con mucha cautela.

Receloso, agarra el binóculo para ver mejor y las ve entrar en una gruta

desde la que se domina el camino.

Es evidente: esos cuatro individuos están preparando una emboscada, quieren cogerlos por sorpresa en el camino de vuelta a casa.

En aquel momento, sólo se encuentran en casa Salvatore, Vanni y Alfonso. Uno menos que los que los esperan.

Y entonces Salvatore decide correr al pueblo por un camino distinto para ir a pedir el apoyo de sus otros dos hermanos.

Mientras corre, lo detiene una patrulla de carabinieri comandada precisamente por el mariscal, quien, viéndolo muy preocupado, sospecha y quiere llevarlo al cuartel.

Salvatore, para no dejar a sus hermanos sin auxilio, se lo cuenta todo.

El mariscal decide acudir en ayuda de los hermanos Sacco.

Y, así, los Sacco y los carabinieri, codo con codo, rodean la gruta.

—¡Salid afuera!

Como respuesta, se oyen varios disparos de fusil. También los Sacco y los carabinieri comienzan a hacer fuego, pero antes han debido ponerse a cubierto, lejos de la entrada de la gruta.

Entonces, los cuatro individuos intentan abrirse camino a disparos y tratan de huir.

Tres de ellos consiguen escapar, mientras que al cuarto lo detiene uno de los carabinieri.

Alfonso está muy emocionado: sus hermanos ya habían ido a la guerra, pero para él ha sido el bautismo de fuego.

Con una enorme sorpresa, los Sacco reconocen al arrestado: es un vecino suyo, un tal Pasquale Manno, una persona con antecedentes penales a quien previamente habían herido dos veces en atentados obra de desconocidos, pero que siempre se había comportado bien con los Sacco. Parecía un amigo.

Es más, escribe Alfonso que a Manno «le habíamos hecho algunos favores en varias ocasiones».

En el cuartel, Manno no tarda demasiado en dar los nombres de sus cómplices: Francesco Ferro, Stefano Cuffaro y un tipo al que llaman el Granuja, todos peones de la mafia, todos con antecedentes por riñas, hurtos, amenazas a mano armada e intentos de homicidio.

El proceso comienza, cosa extraña, apenas cuatro meses después del

tiroteo.

Pasquale Manno admite que esperaba, con sus amigos, que los Sacco pasaran por aquel camino.

—¿Queríais matarlos?

—¡Jamás!

—Y, entonces, ¿por qué los esperabais?

—¡Para asustarlos, no para matarlos!

—¿Por qué queríais espantarlos?

—¡Porque ya no podíamos soportar más los atropellos y las vejaciones de los hermanos Sacco!

—¿Qué hacían?

—Venían a mi campo y me robaban la comida y la bebida. Incluso llegaron a cogerse algún corderito para hacérselo asado. Una vez, Alfonso me apuntó con el fusil y me pidió que le diera todo el dinero que llevaba en el bolsillo. Y, un día, Vanni me disparó, aunque por suerte no me dio.

—¿Tiene testigos para lo que afirma?

—¡Desde luego, señor juez! Ciccio Ferro estaba presente cuando Alfonso me apuntó con un fusil y Stefano Cuffaro se encontraba conmigo cuando Vanni me disparó.

Delante de los jueces, los Sacco tartamudean, se confunden, no saben qué decir.

El hecho es que se encuentran entre la espada y la pared. La situación ha dado un giro tan inesperado que ahora temen acabar teniendo problemas con la justicia.

—Pero ¿no habéis visto que con los Sacco estaban también los carabinieri?

—Estaba demasiado oscuro —responde Manno tranquilo.

Es una farsa de marionetas.

Está claro que a Manno y a los suyos se les ha asegurado que no los condenarán.

Los jueces han sido «tocados».

En efecto, todos son absueltos. La justicia ha dado por buenas sus explicaciones.

Y, dado que los magistrados han aceptado las razones de sus enemigos, los Sacco esperan que ahora el proceso se vuelva contra ellos y dejen de ser acusadores para convertirse en acusados.

Pero los jueces no se sienten con ánimos de llegar a tanto.  
Recogen los papeles, se levantan y se van.  
Y buenas noches a los músicos.

## 4

### Las primeras gotas de sangre

Los Sacco saben que ahora la mafia les ha declarado la guerra. Y que no sólo va a utilizar los fusiles para acabar con ellos, sino también otro tipo de armas, como las acusaciones falsas apoyadas en testimonios todavía más falsos que las acusaciones.

En resumen, muertos o vivos, quieren sacarlos de en medio.

Su presencia en el pueblo es un escarnio cotidiano, una ofensa insoportable para los hombres de honor.

La mafia puede tenderles una emboscada cuando estime oportuno, a cualquier hora del día y de la noche. Y ellos, por otra parte, no pueden pasarse el día encerrados en casa: deben ir por fuerza a los lugares donde trabajan, ya sea en el campo, ya sea en el pueblo.

Además, después de lo que ha pasado con Manno, a quien los Sacco tenían por un buen vecino y un amigo sincero, han entendido que ya no pueden fiarse de nadie; sólo pueden contar con los que pertenecen al restringido núcleo familiar.

Por eso elaboran una precisa estrategia para protegerse durante sus desplazamientos diarios o cuando estén trabajando en los campos.

Nunca pueden ir por ahí solos, es preciso que sean al menos dos y siempre irán armados hasta los dientes, de modo que uno pueda cubrir las espaldas del otro.

Si es necesario, llamarán a otro hermano, o a un pariente, o a un amigo probado, para que los ayude.

Pero no todas las emboscadas se consiguen desbaratar a tiempo.

Es un día de carnaval de 1921, un miércoles.

Vanni y Alfonso, que han ido a un pueblo de los alrededores donde se celebraba una feria de ganado, están volviendo a su casa de campo con las mulas y los caballos que han comprado.

Con ellos está su sobrino Luigino, de diez años. El pequeño está muy contento porque se ha divertido mucho con sus tíos en la feria y también porque le han comprado dulces, bollos de crema y turrón.

Los Sacco están recorriendo un camino que no conocen bien y, por tanto, avanzan poco a poco, atentos a cualquier movimiento entre la maleza, preparados para defenderse de cualquier ataque.

A Luigino lo han montado en una yegua; Alfonso, revólver en mano, cabalga sobre una mula a la que han atado los caballos y las mulas que han comprado en la feria.

Giovanni, en cambio, camina a pie por el terreno que bordea el camino. Sostiene un mosquetón del 91 cargado y preparado para disparar.

Armados y ordenados como están, parecen una patrulla de soldados de reconocimiento. Y, en cambio, son pacíficos ciudadanos de un Estado que no sabe defenderlos de una organización mafiosa que ha convertido la vida de los lugareños en un infierno.

De repente, desde detrás de un denso matorral de chumberas que domina el camino, comienzan a disparar contra ellos.

Giovanni, echándose rápidamente al suelo, responde al ataque.

También Alfonso salta como un rayo de la mula y se pone a disparar como un loco.

La yegua que lleva a Luigino, espantada por los tiros, echa a correr. Su galope, nervioso y desordenado, asusta al niño, que, agarrado con las dos manos a la silla, grita pidiendo ayuda.

Vanni y Alfonso lo pierden de vista. Pero ahora están menos preocupados porque la yegua, al escapar, ha puesto al pequeño fuera de la línea de tiro.

Mientras continúa el tiroteo, llega una ayuda inesperada.

Es su hermano Salvatore, que se acerca montado a caballo. Ha salido al encuentro de sus hermanos para echarles una mano con el transporte del ganado.

Como viene de casa, en sentido contrario que sus hermanos, Salvatore se

encuentra en una posición privilegiada: a espaldas de los asaltantes.

Sin decir esta boca es mía, comienza a disparar.

Y entonces los asaltantes, entendiendo que están casi cercados, prefieren dejar correr la emboscada y huyen como alma que lleva el diablo.

Ninguno de los tres hermanos está herido, así que se ponen de inmediato a buscar al pequeño, aunque ya no se oyen ni sus gritos ni sus llantos.

Lo encuentran poco después, en el suelo, inconsciente y en medio de un charco de sangre.

Ha salido despedido de la silla y, al caer, se ha golpeado violentamente la frente contra una roca que había en uno de los márgenes del camino.

Esa caída le costará la vista.

Quedará ciego para toda la vida.

Es la primera víctima inocente.

Que refuerza la voluntad de los Sacco de no doblegarse ante la mafia: ahora tienen una razón más para no hacerlo.

No pasan tres días y he aquí que en la tarde del sábado, mientras vuelve del campo montado a caballo y con su hijo de cinco años sentado justo delante de él, en la misma silla, cae muerto por dos disparos Carmelo Gambino, cuñado de Vanni Sacco.

Carmelo Gambino es un hombre bueno como el pan, un hombre que no tiene enemigos y sólo se ocupa de sus asuntos, así que todos en el pueblo piensan en un primer momento que ese homicidio es una venganza contra los Sacco.

Pero no es así.

La estratagema es aún más refinada.

En efecto, después de algunos días, dos carabinieri advierten a los hermanos Sacco de que deben acudir al cuartel inmediatamente.

¿Los cinco?

Los cinco.

El mariscal quiere saber dónde se encontraban la tarde en la que Gambino fue asesinado.

Interrogan a los Sacco uno por uno y los mantienen en todo momento incomunicados, de modo que no pueden hablar entre sí. Y, sin embargo, los cinco dan a los carabinieri la misma respuesta.

Se encontraban, en compañía de muchos de sus amigos, en la casa de una tía, a quinientos metros del pueblo.

Y pueden dar testimonio de ello no sólo los presentes, sino también mucha gente que pasó por allí y que los saludó e intercambió algunas palabras con ellos.

Desde la casa de la tía hasta el lugar donde asesinaron a Gambino hay como mínimo una hora y media a caballo.

Los Sacco tienen una coartada impecable. No hay ninguna incoherencia, ninguno de ellos contradice la declaración de los demás.

El mariscal se convence de que los hermanos Sacco no tienen nada que ver con ese homicidio.

—Está bien, pueden marcharse.

—No —dice Vanni—. ¡Hay algo que debe decirnos!

—¿Qué?

—¿Quién le ha dicho que nosotros habíamos matado a Carmelo?

—Una carta anónima —responde el mariscal.

Y se la muestra.

En ese momento, los Sacco se dan cuenta de que la mafia no sólo tratará de matarlos, sino que también seguirá otro camino para obligarlos a rendirse: el de poner a la justicia contra ellos acusándolos de delitos que nunca han cometido.

Es una estrategia inteligente que, desde luego, no está diseñada por el capo de la mafia, que es sólo un rudo y feroz asesino: detrás de esa artimaña es fácil intuir la mente del conocido abogado que actúa de guía e inspirador de los mafiosos.

Comenta Alfonso:

*Allí, en el cuartel, comprendimos que el objetivo de la mafia era quitarnos de en medio como fuera: o matándonos de un tiro con una carabina, o utilizando la ley para meternos en la cárcel. Y lo peor era que no sabíamos lo que todavía nos esperaba.*

Mientras tanto, Salvatore ha conseguido, con mucho valor y mucha paciencia, los nombres de aquellos que, el miércoles de carnaval, tendieron la emboscada que provocó la ceguera del pobre Luigino.

Les entrega a los carabinieri no sólo los nombres, sino también tales y

tantas pruebas que los tres asaltantes son inmediatamente arrestados.

Entonces, la mafia (cada vez es más evidente que está poniendo en práctica el preciso plan del abogado) decide jugar la carta ganadora.

El 7 de mayo de 1922, Giovanni y Alfonso visitan el cuartel de los carabinieri para ver si ha llegado el nuevo permiso de armas para Alfonso, que entretanto ha cumplido los dieciocho años y, por esa razón, ya no necesita el aval de su padre.

Justo en la puerta, mientras están entrando en el cuartel, tropiezan con el mariscal y un carabiniere.

—¡Qué casualidad! —le dice el mariscal a Giovanni—. ¡Estaba yendo precisamente a tu casa para hablar contigo!

—Pues mire, aquí estoy. ¿Qué desea?

—Ven conmigo.

Lo hace entrar en su despacho y le dice a Alfonso que espere en el pasillo.

Sentado frente al escritorio del mariscal hay otra persona, un aldeano con la gorra en la cabeza.

Se llama Giuseppe Nicosia y es reincidente por hurto e intento de homicidio.

Vanni, que solamente lo conoce de vista, piensa en un primer momento que el mariscal lo hará salir para poder hablar a solas con él. Pero, en cambio, Nicosia se queda sentado mirándolo con mala cara.

El mariscal se sienta detrás del escritorio y empieza a hablar.

Informa a Vanni de que Nicosia ha venido a denunciar que la noche anterior cinco personas —uno de ellos, el jefe, iba vestido de paisano y los otros cuatro disfrazados de guardias municipales— irrumpieron en su casa de campo y le robaron tres vacas y un asno.

Nicosia intentó reaccionar, pero el jefe, que, además de ir vestido de paisano, llevaba el rostro cubierto, lo golpeó violentamente en la cabeza con la culata de un fusil.

Durante la refriega, al hombre se le cayó el pañuelo que le ocultaba la cara y Nicosia pudo reconocerlo.

—Y ¿por qué me está contando esta historia? —pregunta Vanni.

—¡Porque tú eres el hombre enmascarado que me hirió anoche! —le grita

Nicosia.

A Vanni, un mazazo en la cabeza le habría hecho menos efecto.

Pero se recobra de inmediato y consigue mantener toda su sangre fría porque comprende que esta vez la trampa que le han tendido es muy peligrosa. Reacciona con mucha calma e intenta utilizar la lógica para desmontar la historia del aldeano.

En primer lugar, le pide a Nicosia que se quite la gorra y les enseñe los signos del golpe que dice haber sufrido. Sin embargo el aldeano modifica rápidamente su versión y afirma que no le golpearon en la cabeza, sino en la espalda.

Entonces, Giovanni le hace notar que su relato tiene una incongruencia: si durante el asalto se le cayó la venda y Nicosia lo reconoció, ¿cómo es que Vanni no lo mató para impedir que lo denunciara?

El campesino, farfullando sin que apenas se le entienda, se saca de la manga que, en efecto, Vanni le disparó, pero erró el tiro, lo que le dio el tiempo necesario para escapar.

Entonces, Vanni se dirige directamente al mariscal.

Le quiere explicar que él nunca tendría ningún interés en ir a robar tres vacas y un asno.

Él es un rico propietario y posee muchas vacas y asnos.

Pero no hay nada que hacer.

Nicosia jura y perjura que está diciendo la verdad.

A Vanni se le cruzan los cables, salta de la silla, agarra a Nicosia por el cuello de la camisa y comienza a darle puñetazos en la cara.

El mariscal a duras penas consigue detenerlo.

Alfonso, con el rostro demudado, ve cómo Giovanni sale esposado del despacho del mariscal. Dos carabineros lo sujetan de los brazos para que no trate de escapar.

Inmediatamente después, el mariscal lo llama a su despacho.

Explica a Alfonso cuál es la acusación que pesa sobre su hermano, pero sus gestos y su tono de voz muestran de una forma clara e inequívoca que no cree que Giovanni haya intentado matar a Nicosia.

Y, casi para sellar su escepticismo, saca de un cajón del escritorio el revólver que acaba de confiscarle a Giovanni y se lo entrega junto con el nuevo permiso de armas.

El páter familias, Luigi, dado que el asunto es muy serio y amenaza con manchar el nombre de la familia, contrata para la defensa de Vanni a dos de los más afamados abogados penalistas de la época.

Uno de ellos es nada menos que Angelo Abisso, un príncipe del foro. Se lo conoce en toda Italia por ser un ferviente defensor del movimiento fascista, y los analistas políticos afirman que está llamado a convertirse en futuro diputado. Cuando Luigi Sacco requiere sus servicios, el abogado acepta sin vacilar la defensa de Vanni.

Además, Vanni le ha dado al juez instructor los nombres de dos testigos que estaban con él en el preciso momento en que Nicosia afirma que sufrió el asalto.

El primero se llama Tuttolomondo, un rico aldeano que había ido a hablarle del alquiler de una parte de las tierras del barón Spoto.

El segundo es Luigi Macedonio, socio de Vanni en la sociedad propietaria de la línea Raffadali-Girgenti, que se encontraba en casa de Vanni porque debían discutir el aumento del precio de la carrera.

Se trata de dos personas intachables cuyo testimonio sin duda habría hecho que la balanza se inclinara a favor de Vanni.

Las cosas parece que están bien encaminadas cuando ocurren varios hechos que podrían calificarse de increíbles.

Salvatore Tuttolomondo, el primer testigo que iba a confirmar la coartada de Giovanni, muere asesinado mientras regresa al pueblo del campo en que trabaja.

Tres días después, a Luigi Macedonio, el segundo testigo, lo tirotean en la plaza pública de Raffadali.

Y así Vanni pierde a los dos testigos con los que iba a demostrar su inocencia.

Inexplicablemente —o quizá la explicación es demasiado evidente—, cuando llega el momento del juicio, los dos abogados no se dejan ver en la sala.

Alguien los ha convencido de que dejen correr la causa.

Abisso es un fascista de la primera hora y los mafiosos sin duda se habrán dirigido a sus compinches fascistas para que lo convenzan de que se quede en casa haciéndose el enfermo en vez de presentarse en la sala.

Dicho sea de paso: los abogados nunca devolverán los notables anticipos

que Luigi ha ingresado en sus arcas.

Anota Alfonso:

*Al menos, el abogado Azzecagarbugli se vio obligado a devolverle al pobre Renzo Tramaglino los cuatro capones, ya que se demostró que el letrado tenía relación con los esbirros de don Rodrigo.<sup>[2]</sup> ¡Y, aún en nuestra gran Italia, muchos abogados miran más a los don Rodrigo que a las pobres víctimas de ellos!*

En conclusión: a Giovanni lo condenan por robo a mano armada y lo envían a la cárcel de Girgenti.

Sólo a él, porque a sus cuatro cómplices nunca los identificarán por el simple motivo de que nunca han existido.

La mafia esta vez ha sabido jugar bien su partida.

Y, animada por esa victoria que ha obtenido en los tribunales, tiene el valor de escribir otra carta al viejo Luigi.

«¿No tienes bastante con todo lo que te está ocurriendo?», le pregunta la mafia.

«¿Cuándo te decidirás a entrar en razón? ¿Acaso quieres que esta vez acabemos matando a uno de los tuyos? Nosotros no daremos más señales de vida. Eres tú quien hará bien en venir a buscarnos.»

Tampoco esta carta, como las anteriores, obtiene respuesta.

Escribe Alfonso:

*Con mi hermano Giovanni fuera del mapa, nuestros enemigos piensan que podrán doblegarnos con más facilidad. En cambio, nosotros seguimos trabajando nuestra tierra y tomando siempre las mismas precauciones.*

Y estas precauciones harán que los Sacco, gracias a su instinto de animales acosados, sean capaces de desbaratar dos emboscadas aun antes de que la desgracia acabe cayendo sobre ellos.

Pero nadie es capaz de vivir así demasiado tiempo.

No se puede ir a trabajar la tierra como quien va a la guerra.

## 5

### Dos misterios: la muerte del padre y la evasión de Vanni

Después de algún tiempo, trasladan a Vanni Sacco de la cárcel de Girgenti a la de Aragona.

Aragona está mucho más cerca de Raffadali, lo que permitiría que los Sacco pudieran visitar a Vanni con más regularidad. En cualquier caso, tendrían que ir a verlo cada domingo, tal y como marca la ley.

Pero hay un grave problema...

El camino que va de Raffadali a Aragona es estrecho y tortuoso, lo que lo hace perfecto para que la mafia pueda tenderles una emboscada a los hermanos Sacco, quienes saben que, de recorrerlo en ciertos días y horarios preestablecidos, serán presa fácil de sus enemigos.

Sabiendo la hora y el día en que harán los viajes y el camino que estarán obligados a coger, para la mafia será un juego de niños esperarlos y matarlos.

Pero, por otra parte, quieren que el preso continúe sintiendo su calor y su presencia: Vanni es un hombre fuerte, pero ha sido víctima de una injusticia tan grande que está muy deprimido, y sus hermanos temen que acabe cayendo enfermo.

Los Sacco celebran una reunión familiar, al final de la cual deciden que será Luigi, el páter familias, quien vaya a ver a Vanni a la cárcel cada domingo por la mañana.

Es viejo, tiene setenta y dos años, ¿quién se atrevería a hacerle daño?

Además, ¿el código de la mafia no obliga a respetar a los viejos, las mujeres y los niños?

Y así, Luigi, cada domingo por la mañana, parte a caballo hacia la cárcel

de Aragona y vuelve a Raffadali al mediodía, después de haber visitado a Vanni.

Una tarde de un día de fines de mayo de 1923, Salvatore y Alfonso están trabajando en su campo aunque es domingo. Alzan la vista y ven llegar a la carrera, jadeante y trastornado, a uno de los aldeanos, un tal Tabone. Casi sin resuello, les cuenta que han visto a su padre tendido en el suelo en el camino que viene de Aragona.

Mientras tanto, Vincenzo, que se encuentra en un café de Raffadali, recibe la misma noticia de otro aldeano y corre al lugar junto con un amigo para ver qué ha ocurrido.

Vincenzo llega antes que Salvatore y Alfonso, y encuentra a su padre inconsciente tirado en medio del camino. No sabe si está vivo o muerto, aunque no tiene ninguna herida visible.

Su primera impresión es que su padre se ha caído del caballo.

Con la ayuda de su amigo, lo traslada a la casa del pueblo y llama de inmediato a un médico.

Éste no puede hacer más que constatar que se encuentra en presencia de un cadáver.

—Pero ¿de qué ha muerto nuestro padre? —pregunta, por todos, Alfonso.

—Causas naturales.

Y comienza a redactar un certificado de defunción por parada cardíaca.

Salvatore, asombrado por lo que el médico acaba de decir, replica que todo esto le parece muy extraño, dado que su padre nunca ha estado enfermo; es más, hacía apenas un mes se había hecho un chequeo, y el médico le había felicitado por su salud de hierro y por tener un corazón que parecía un reloj a pesar de su avanzada edad.

Por toda respuesta, el doctor se encoge de hombros. Para él se trata de una muerte absolutamente natural y no hay nada que discutir.

Pero mientras tanto, los tres hermanos, mirándose los unos a los otros, se preguntan en silencio, sólo con los ojos, qué significa esa horrenda hinchazón azulada que se está formando bajo el mentón de su padre, alrededor del cuello.

Se dan, siempre con la mirada, la misma respuesta: ése es el signo de que a su padre lo han estrangulado.

Como mínimo habrán sido tres para matarlo: dos para sujetarlo, dado que

el viejo era aún un hombre alto, robusto y fuerte, y uno para apretarle el cuello con las dos manos.

Pero prefieren guardar silencio para no despertar dudas y sospechas, y aceptan sin protestar el dictamen médico.

Cuando se quedan solos con el muerto, lo pueden observar mejor. Y, si tenían alguna duda sobre cómo han asesinado a su padre, ésta desaparece por completo.

Pero ¿por qué la mafia había estrangulado a Luigi en vez de matarlo a tiros?

Por qué los mafiosos, asesinando a Luigi —un hombre anciano, de setenta y dos años—, habían transgredido su código de honor, respetado hasta aquel momento.

Si le hubieran disparado, a todo el mundo le habría quedado claro que se trataba de un asesinato. Y la mafia local, al no obedecer ni tan siquiera su propio código, habría perdido crédito a los ojos de la población.

Estrangulándolo, existía la posibilidad de que aquella muerte pareciera natural, lo que no hubiera hecho demasiado ruido entre los lugareños.

¿El médico estaba conchabado con la mafia? ¿O sencillamente era alguien que conocía poco su oficio? De todos modos, queriéndolo o no, hizo lo que la mafia quería.

Pero la mafia no sólo quería ocultar que había matado a Luigi y que le había hecho pagar con la vida su firme y valeroso rechazo a doblegarse a sus órdenes: tenía un segundo objetivo, quizá el principal.

Tras eliminar a Luigi, ahora los que tendrían que ir a ver a Vanni a la cárcel serían sus hermanos. Y en el camino entre Raffadali y Aragona serían un fácil blanco para los mafiosos apostados entre la maleza.

Ésta era la segunda razón por la que habían asesinado a Luigi.

¿Cómo conseguirán los Sacco visitar cada domingo a Vanni, quien es la mente más privilegiada de la familia y su líder indiscutible, sobre todo ahora que el viejo Luigi ha muerto?

Mientras discuten sobre este problema, la noticia de que han estrangulado a Luigi Sacco llega a la cárcel de Aragona, donde su hijo Vanni no puede más que llorar de dolor y de impotencia.

Una tarde en la que Vanni está sentado en el suelo en un rincón de la celda, con la cabeza entre las manos, levanta los ojos por casualidad y tiene la impresión de que el carcelero, que poco antes ha hecho la ronda para inspeccionar que las rejas de la ventana estuvieran atrancadas, se ha olvidado de cerrar bien la puerta de la celda. ¡Se fija con más atención y se da cuenta con enorme estupor de que la puerta está incluso entornada!

Pero decide seguir sentado, como si no se hubiera dado cuenta de aquella irregularidad.

Hay algo a su alrededor que lo inquieta.

En efecto, en la cárcel reina un silencio antinatural.

Es como si hubieran hecho salir de sus celdas a todos los demás presos de la misma ala y los hubieran llevado a otro sitio.

Inmediatamente, Vanni se imagina que están tendiéndole una trampa para quitárselo de en medio.

Seguro, piensa, que detrás de la puerta hay alguien apostado y que, en cuanto lo vea salir de la celda, le disparará por la espalda.

De repente, le parece obvio que esa invitación a escapar es una treta para acabar con su vida: después de haber matado a su padre, ahora la mafia quiere desembarazarse de él.

Y a todos los demás presos los han llevado a otra parte de la prisión para no convertirlos en incómodos testigos.

Pero después de un rato ya no consigue estarse quieto: podría abrir esa puerta con un simple empujón. Y la tentación de hacerlo le resulta irresistible.

Se levanta, se acerca a la puerta, la abre con lentitud, milímetro a milímetro, mientras el rostro se le empapa en sudor.

No hay nadie en el pasillo, las otras celdas están todas vacías.

Avanza hasta el fondo del pasillo, que está barrado por una gran reja: ¡también está abierta!

No sólo eso: ¡entre barrotes y barrotes cuelgan sus ropas!

Se las pone, baja un tramo de escalera al final de la cual hay otra reja que se abre en cuanto apoya la mano.

Ahora tiene ante él un gran patio.

No se ve ni un alma y Vanni se decide a cruzarlo. Levanta un pie y apoya el otro, como si estuviera en un sueño, aunque espera que, en cualquier momento, un traicionero fusilazo por la espalda lo hará caer muerto en el suelo.

Al fondo del patio hay otra reja y, más allá, se abre un zaguán donde, normalmente, suele haber por lo menos dos carceleros.

Esta vez, en cambio, no hay nadie.

Vanni sigue avanzando y llega al grandísimo portón de la cárcel, que parece cuidadosamente atrancado.

El corazón le da un vuelco: si el portón está cerrado, querrá decir que todo ha sido una tomadura de pelo. De un momento a otro, los guardias y los carceleros aparecerán por una esquina y se reirán de él.

Pero un instante después se da cuenta de que una de las portezuelas deja pasar un hilo de luz.

La empuja con cuidado hasta abrir una rendija por la que pueda pasar y, de golpe, se encuentra fuera de la cárcel.

Ningún guardia a la vista.

Vanni se lleva las manos a los bolsillos y encuentra algo de dinero.

¡Es libre!

Se dirige a pie hacia Raffadali.

Éste es el relato que Vanni hizo de la huida de la cárcel. Su hermano Alfonso, en cambio, cuenta el asunto de otro modo. Describe una evasión clásica, de manual. Quizá lo hace para no comprometer a todos los trabajadores de la cárcel, y debían de ser muchos, que se pusieron de acuerdo para permitir la fuga de su hermano.

*El carcelero ordena a los albañiles que reparen la ventana de la celda donde se encontraba mi hermano. Los acompañan los carabineros para impedir que ningún preso intente aprovechar la ocasión para escapar. QUITAN LA REJA PARA PONER OTRA. Cuando llega el mediodía abandonan el trabajo para ir a comer y dejan la ventana sin reja y desprotegida, porque, según el examen de los carabineros, era tan alta que nadie hubiera podido alcanzarla para salir. El pájaro hace lo que sea para escapar de la jaula, y*

*el hombre puede permanecer allí dentro a pesar de que le hayan dejado la puerta abierta? Mi hermano, junto con otros dos jóvenes, trepa a esa ventana y huye en pleno mediodía.*

Al alba del día siguiente, un ligero golpeteo en la puerta despierta a Alfonso y Salvatore, que duermen juntos en un cuarto encima del establo.

No están seguros de lo que deben hacer.

Puede ser una trampa de la mafia.

Pero el golpeteo continúa.

Entonces cogen sus armas y Salvatore va a abrir mientras Alfonso, apostado en una esquina, apunta hacia la puerta.

Un momento después, arrojan las armas y abrazan, conmovidos, a Vanni.

Éste, no obstante, temiendo tener a los carabinieri pisándole los talones, se entretiene en casa sólo el tiempo necesario para lavarse y comer.

Después, coge algunas provisiones, el mosquetón del 91 y un revólver, abraza a sus hermanos y se encamina hacia la montaña Palombaia, que conoce como la palma de su mano.

Es el primer fugitivo de la familia.

## 6

### La clandestinidad obligatoria

Alfonso y Salvatore están trabajando en el campo.

Estamos a principios de junio, no ha pasado ni una semana desde que Vanni se ocultó en la montaña Palombaia.

Hace mucho calor y, de pronto, los dos hermanos oyen un silbido largo que se rompe de golpe y luego continúa con dos silbidos breves.

Es la señal establecida.

Quien silba es un amigo que monta guardia encima de una pequeña colina desde la cual se ve la cañada: los advierte de que está llegando alguien.

Los dos hermanos corren a coger las armas. Cuando están trabajando, siempre las tienen al alcance de la mano, ocultas debajo de una gavilla. Pero, al cabo de un instante, se encuentran rodeados por ocho carabinieri, cuatro a pie y cuatro a caballo, comandados por el mariscal ante el que Luigi Sacco había presentado tantas denuncias.

Alfonso y Salvatore no oponen ninguna resistencia y dejan de inmediato las armas debajo de la gavilla.

El mariscal los deja hacer mientras se quita la gorra y se seca el sudor de la frente.

Alfonso y Salvatore lo miran fingiendo asombro, como si no tuvieran ni idea de qué ha venido a hacer. Sin embargo, saben perfectamente qué les preguntará el mariscal.

En efecto:

—¿Sabéis dónde está vuestro hermano Giovanni?

—Sí —responde, de inmediato, Alfonso.

—Dime dónde está.

—En la cárcel de Aragona —contesta Alfonso.

En efecto, así debería ser.

Es una burda mentira, y Alfonso se siente ridículo mientras contesta, pero su respuesta no podía ser otra.

De la evasión no se ha dado ninguna noticia oficial ni tampoco se ha emitido ninguna orden de búsqueda. De hecho, la huida no consta ni siquiera en los papeles de la cárcel.

El mariscal, que se ha enterado de la huida de Giovanni por otro tipo de canales, va a la caza de un prófugo al que, en teoría, no se lo puede calificar de prófugo, ya que oficialmente no ha escapado de la cárcel y, por tanto, todavía se encuentra preso en Aragona.

—¿No sabes que está prófugo?

—Y ¿cómo se puede estar prófugo en la cárcel?

Pero al mariscal la réplica de Alfonso no le hace gracia.

—Bien. Te doy tres días para que convenzas a Vanni de que se presente en el cuartel. Si no lo hace, te retiro el permiso de armas.

Alfonso salta:

—¡De ninguna manera! ¡Usted sabe perfectamente que sin armas no podemos venir a trabajar al campo! ¡Es como si nos estuviera condenando a muerte!

—Pues no vengáis al campo.

A Alfonso se le empieza a nublar la vista.

—¿Está de broma? No podemos abandonar el campo. ¡Y éstos nos matarían de inmediato si supieran que estamos desarmados! ¡El día en que nos retire el permiso de armas, le juro que cojo el fusil y me voy a la montaña a hacerle compañía a Vanni!

—Haz lo que te apetezca —dice el mariscal.

Tres días después, a la misma hora, vuelve a presentarse y obliga a Alfonso a que le entregue el documento.

—Estás advertido: desde este momento, si te encuentro un arma encima, te arresto.

—¿Puedo saber al menos por qué me ha retirado mi permiso de armas?  
—le pregunta Alfonso.

—Ante todo, porque eres el hermano de un fugitivo, y luego, porque no colaboras con la ley.

—Y, entonces, ¿por qué no se lo ha retirado a Peppe Panarisi, cuyo hermano huyó de la justicia después de haber matado a un mariscal de los carabinieri, que es uno de los suyos? Tampoco él quiere colaborar con usted. ¡Y sigue por ahí, armado, con su permiso! ¡Y mi hermano Vanni, en cambio, no ha matado a nadie!

—Yo recibo órdenes —se justifica el mariscal.

—¿De quién? —pregunta Alfonso.

El mariscal lo mira y no responde.

El hecho es que, desde hace casi un año, en Italia manda el fascismo. Y a los fascistas de Raffadali no les gusta que el socialista Vanni Sacco pueda vagar por los campos libre y armado.

Y aquel mismo día, Alfonso, como ha jurado, coge un fusil y un revólver, y se reúne con su hermano Vanni en la montaña.

Las palabras que nos ha dejado Alfonso son oportunas y desprenden un profundo dolor:

*He aquí la causa de mi clandestinidad: he tenido que huir de la justicia no por haber robado ni por haber matado a nadie, sino por voluntad del mariscal de los carabinieri, quien, en lugar de salvaguardar la ley, lo que hace es pervertirla.*

La clandestinidad obligatoria, como los insumisos que tienen que esconderse para librarse de cumplir el servicio militar.

Ahora, los dos hermanos, que nunca se han manchado las manos de sangre ni han cometido ningún delito, no sólo se encuentran acosados por la mafia, sino también por los carabinieri.

Un día de mediados de junio, cuando está comenzando a anochecer, mientras Vanni y Alfonso se dirigen a caballo hacia una casucha que les ha ofrecido un amigo, pasan por delante de una granja que parece desierta, abandonada.

El portón está roto, una hoja cuelga de los goznes, el patio está plagado de hierbas silvestres.

Pero, en cuanto dejan la granja atrás, salen de su interior a gran velocidad una decena de hombres. Van a caballo, están armados hasta los dientes y, de inmediato, abren fuego contra los dos hermanos.

Es evidente que han sido traicionados, precisamente por quien les había ofrecido el refugio de la casucha y a quien creían un amigo sincero.

Alfonso y Vanni escapan a la desesperada, alcanzan en medio de un diluvio de balas la cima de una pequeña colina coronada con algunos arbustos, descienden de los caballos, se agazapan detrás de unas rocas y comienzan a responder al fuego.

Los mafiosos están firmemente decididos a quitarlos de en medio de una vez y para siempre.

Es preciso decir, en este punto, que Vanni es un tirador sin igual: si con el revólver es capaz de agujerear un céntimo echado al aire, ¡imagínad lo que puede hacer con un mosquete!

Nunca ha fallado un tiro.

En efecto: un fusilazo suyo hiere en el hombro a un asaltante, otro deja cojo a un pobre caballo, un tercero, esta vez disparado por Alfonso, le da a uno en un muslo.

Los asaltantes, que pensaban que ya tenían las de ganar, desalentados y espantados por la fantástica puntería de Vanni, se retiran.

No saben que Vanni y Alfonso no disparaban a matar.

Pero ahora, después de la emboscada, los dos hermanos se han convencido de que no basta con defenderse: es preciso pasar al contraataque.

Si sólo siguen defendiéndose como hasta ahora, la suerte no estará para siempre de su parte.

¿Esta reflexión hará que actúen o todo quedará en un simple propósito?

A partir de ahora, la verdad procesal dirá una cosa mientras que la verdad de los hermanos Sacco dirá otra completamente opuesta.

Pero los hechos son los hechos.

Poco después de la fallida emboscada de la granja, muere asesinado el primer capo de la mafia de Raffadali.

## Muerte del primer capo de la mafia

El 7 de julio de 1923, poco antes de que el sol se ponga del todo, Giuseppe Cuffaro, capataz del feudo del barón Pasciuto, decide que ha llegado la hora de volver a casa, en el pueblo.

Monta a caballo, se ajusta el fusil que lleva siempre encima y empieza a galopar.

La verdad es que no necesita ir por ahí armado, porque nadie que lo conozca se atrevería a amenazarlo, pero es una costumbre que adquirió cuando era un muchacho al que aún no respetaban. Ahora, con más de cincuenta años, todo el mundo le tiene miedo.

Hace mucho calor y cada tanto se quita la gorra y se pasa el antebrazo por la frente para secarse el sudor.

La bala de un mosquete del 91 le da justo en medio de la frente mientras, por última vez, acaba de quitarse la gorra.

Es como si él mismo le hubiera indicado al tirador el momento exacto en que debía apretar el gatillo.

Asustado por el tiro, el caballo se lo sacude de encima y escapa al galope.

Luego, después de un minuto, otros dos tiros rematan al cadáver en el suelo.

Pero son tiros disparados por seguridad, para tener la certeza de haberlo matado.

La noticia estalla entre los rafadaleses con el mismo estruendo que una bomba.

Una masacre más o menos no habría provocado mucho ruido, dados los tiempos que corren, pero Giuseppe Cuffaro es el jefe supremo de la mafia de la zona. Es más, a los ojos de algunos, ese asesinato es como un sacrilegio.

Han matado a un hombre feroz, despiadado, que había asesinado a mucha gente, que mantenía bajo control a todo el pueblo, pero que alardeaba de amistades tanto en las altas como en las bajas esferas, y que, además, tenía a decenas de hombres, tan feroces como él, a sus órdenes.

Su muerte sin duda clamará venganza.

Quien lo haya matado puede estar seguro de que habrá alguien que intentará acabar con él.

Por tanto, para hacer algo así, se necesita un gran valor y también la capacidad de saber cómo eludir la inevitable venganza.

Por eso todo el mundo en el pueblo piensa que el único capaz de hacer algo así es Vanni Sacco. Además, no le faltan razones.

Pero Vanni y Alfonso, apenas ocurrido el delito, hacen saber a diestro y siniestro que ellos no tienen nada que ver.

Aunque, cuando el inmenso funeral de Cuffaro (al que asiste casi todo el pueblo) pasa por debajo de la casa donde habitan los Sacco, todos los que siguen el ataúd levantan los ojos para mirar.

Las ventanas están cerradas a cal y canto.

Los carabinieri, al igual que el resto del pueblo, no tienen la más mínima duda: no se les pasa ni por la antecámara del cerebro que hayan podido ser otros.

Sin embargo, un capo de la mafia como Cuffaro seguro que tiene muchos enemigos. Alguien como él, que en su vida no ha hecho más que llevar luto y ruina a la gente.

Los carabinieri lo saben perfectamente, pero también saben que, aparte de los hermanos Sacco, nadie en el pueblo habría tenido el valor de hacer algo semejante.

¡Y luego ese disparo letal, uno solo, en medio de la frente!

Por eso, lo primero que hacen es arrestar a Salvatore, Vincenzo y Girolamo como cómplices del homicidio y acusar a Vanni y Alfonso (los dos

pseudoprófugos) de ser los ejecutores materiales.

Pero hay que conseguir pruebas.

Y no es fácil.

En el momento de la masacre, la única persona que se encontraba en las inmediaciones es un aldeano que se llama Vincenzo Galvano.

—¿Qué oyó?

—Primero, un tiro; después, otros dos.

—¿Oyó voces, gritos?

—No, señor.

—¿Vio a alguien?

—Sí. Después de los tiros, vi a dos personas que corrían por la cañada.

—¿A qué distancia?

—A unos doscientos metros.

—¿Los reconoció?

—No, señor. Tengo conjuntivitis tracomatosa.

Todos saben que Vincenzo Galvano sufre de la vista, y además cada tanto va a un oculista para tratar su dolencia. Por eso, los carabineros dan credibilidad a su versión de los hechos y se fían de que no está mintiéndoles como normalmente hacen la mayoría de los testigos de un crimen.

—¿Puede decirnos algo más?

—No, señor.

Luego añade algo:

—Debían de ser muchachos, porque corrían mucho.

Los carabineros captan al vuelo esas palabras.

Dos muchachos que corrían rápido.

¿Y no son aún jóvenes Vanni y Alfonso Sacco?

Es suficiente.

Los cinco hermanos Sacco son enviados a juicio.

Escribe Alfonso a propósito de sus relaciones con el capataz Cuffaro:

*No nos llevábamos mal con él. Todo agricultor tenía interés en mantener una relación cordial con los que pertenecían a la mafia, particularmente con los capataces, porque con eso se pensaba que se podían evitar problemas. Él, cuando regresaba del feudo para ir al pueblo, a menudo pasaba por nuestra granja y le suministrábamos piperigallo para su yegua. Durante la cosecha del trigo y de otros cereales, invitaba a varios*

*agricultores a su feudo. Entre ellos, a veces fue también mi hermano Giovanni con nuestras mulas y con gusto le transportó la cosecha al pueblo. Nadie se negaba a hacerle semejante servicio al capataz.*

Lo lamentamos mucho por Alfonso, que fue un hombre de gran inteligencia, que durante su estancia en la cárcel aprendió a leer buenos libros (de Plutarco a Dante, de Settembrini a Hugo) y a reflexionar sobre ellos, pero ésta no es precisamente una defensa atinada.

En efecto, su relato describe a un capataz prepotente que no sólo se aprovecha de los Sacco para que su yegua se alimente gratis, sino que también hace que Vanni le lleve la cosecha al pueblo sin pagarle por el trabajo.

«Lo hacíamos para evitar males mayores», dice Alfonso.

Pero, cuando empezaron los problemas más graves y Cuffaro y sus amigos intentaron acabar con la vida de Vanni y Alfonso, ¿todos estos atropellos no eran un motivo más para que los Sacco quisieran eliminar al capataz?

El proceso contra los Sacco se celebró en Palermo apenas seis meses después.

Pero no había ninguna prueba consistente en su contra.

Y los absolvieron a todos.

Esta absolución no hizo más que aumentar el respeto y la admiración que los rafadaleses tenían por los Sacco: habían matado a Cuffaro de un modo tan prudente y astuto —ésta era la opinión que compartían casi todos los habitantes del pueblo— que no habían dejado tras de sí ningún rastro, ninguna prueba.

## 8

### Emboscadas, traiciones y equívocos trágicos

Con la muerte violenta de su jefe, la mafia rafadalesa parece un púgil aturdido por un puñetazo que se tambalea y no sabe qué hacer.

Pero los Sacco están seguros de que la desorientación de sus enemigos no durará demasiado, que ese púgil se recuperará dentro de poco y volverá a combatir con mayor rabia.

Quizá por eso Salvatore también decide pasar a la clandestinidad, para ayudar a sus hermanos.

Pero los tres Sacco ya no se sienten tan seguros en la montaña Palombaia, toda la comarca ya sabe que se encuentran escondidos allí, en alguna gruta, ayudados por los aldeanos.

Necesitan encontrar un refugio donde no pueda encontrarlos ni la mafia ni la ley.

Entonces se acuerdan de que, unos años antes, alojaron en su casa a un muchacho de Aragona, llamado Giovanni, que se había escapado de la cárcel, y lo ayudaron a ocultarse durante un tiempo.

Sin duda, él les devolverá el favor que entonces le hicieron.

Pero es preciso saber dónde se encuentra porque está prófugo. Salvatore sale a buscarlo por toda la provincia, y finalmente lo encuentra y le pide que se reúna con él y con sus hermanos en la montaña Palombaia.

El aragonés escucha con atención la solicitud de los Sacco y de inmediato les promete que los ayudará. Les debe un favor: no en vano, en su momento ellos lo ayudaron a él sin pensarlo dos veces.

Pero dice que, como mínimo, necesita dos días para buscar un lugar

seguro para esconder a los Sacco.

—Pero ¿tú dónde estás? —le pregunta Vanni.

—En mi escondrijo ya no caben más personas. Hagámoslo así: aunque no encuentre de inmediato un sitio para vosotros, de todos modos daré señales de vida dentro de dos días.

Y, en efecto, dos días después se presenta ante los hermanos Sacco.

Trae consigo una mula provista de dos grandes cestas de mimbre dentro de las cuales sólo hay paja.

Les dice que aún no ha encontrado un sitio adecuado, pero que, mientras tanto, podrá alojarlos durante algunos días en una casita de campo de su propiedad que se encuentra a un par de kilómetros a las afueras de Aragona.

Parten.

A la cabeza camina el muchacho con la mula y los tres hermanos van detrás de él, pero a una cierta distancia el uno del otro, con las armas listas para disparar.

A las puertas de Aragona el muchacho se detiene, baja de la mula y espera a que llegue Vanni, quien camina delante de los otros dos hermanos.

—¿Qué pasa?

—Que no podéis pasar por dentro de Aragona con las armas a la vista. Dará que hablar a los vecinos.

—Cuando lleguemos al pueblo, pondremos los revólveres en el bolsillo y los fusiles en la bandolera.

—De acuerdo. Pero tened cuidado, porque hay patrullas de carabineros.

Un encuentro con los carabineros no sería nada bueno.

—¿Tú qué propones que hagamos?

—Meted las armas dentro de las cestas y yo las cubriré de paja. Y, cuando hayamos atravesado el pueblo, las volvéis a coger.

Es una propuesta razonable.

Pero Vanni ya no se fía de nadie, ha olvidado la época en que no le hacía falta cargar de día y de noche con un arma. Y, por tanto, da la orden a Salvatore y a Alfonso de que sigan su ejemplo y continúen llevando consigo los fusiles y revólveres.

—Como queráis —dice el muchacho encogiéndose de hombros. Y añade —: Pero no podemos atravesar el pueblo por la calle principal. Los carabineros también me buscan a mí. Cojamos el primer callejón de la izquierda.

Vuelven a partir, pero el muchacho hace que la mula aligere el paso, como si quisiera poner mayor distancia entre sí y los otros tres.

Vanni se da cuenta y sospecha.

Hay algo que no le convence.

Entonces recuerda que en los alrededores vive un granjero de quien pueden fiarse. Sin perder ni un instante, les dice a sus hermanos cómo se llama y dónde vive.

Si algo sale mal, deberán encontrarse allí.

Tienen tiempo de dar una decena de pasos.

Y, de pronto, empieza a caer sobre los tres un tiroteo gigantesco.

Han caído en una emboscada.

Pero ¿cuántos pistoleros están disparándoles? ¿Diez, veinte, treinta? Llueven balas de todas partes.

Los tres hermanos, sin embargo, no han caído en la trampa: el modo de actuar del aragonés los ha hecho sospechar, y por eso están listos para responder al fuego de sus enemigos y retirarse.

Si hubieran seguido el consejo traicionero del muchacho y hubieran guardado las armas, a esta hora serían tres cadáveres sobre la calle.

Se encuentran en la granja cuando ya ha caído la noche. Pero está demasiado cerca de Aragona, quizá la banda que intenta asesinarlos esté buscándolos.

A Vanni lo han herido de refilón en el brazo izquierdo. Pero no quiere perder el tiempo en que lo curen, tienen que marcharse de aquel lugar maldito y volver a los sitios de antes, al menos allí tienen amigos que los ayudan a sobrevivir.

Una semana después, alguien encuentra tendido en un camino al muchacho aragonés que había traicionado a los Sacco. Un disparo de fusil le ha atravesado el corazón y le ha quitado la vida.

Para los carabineros no hay dudas: el autor del delito es Vanni, que ha querido vengarse por la traición.

Los Sacco no pueden dejar de hacerse la misma pregunta: ¿cómo han sabido las autoridades que entre el muchacho muerto y ellos había habido un pacto y que, además, el aragonés los había traicionado?

En un primer momento, no consiguen encontrar una respuesta.

Ellos están seguros de que el muchacho los ha vendido a la mafia.

Y, en efecto, ha sido así, sólo que la mafia había advertido también a los carabinieri de la presencia de los Sacco para que participaran en la partida de caza. Y, por eso, durante el tiroteo contra los tres hermanos, detrás de una pared estaban los mafiosos y detrás de la otra pared, los guardianes de la ley.

La versión de los Sacco es que al aragonés lo asesinaron los mafiosos por no haber conseguido convencer a los hermanos de que guardaran las armas dentro de las cestas.

Una mañana, cuando ya han pasado algunos días de la fallida emboscada, Salvatore se dirige a un pueblo cercano para hablar con un amigo que se encuentra trabajando en el campo.

Durante el trayecto, lleva el fusil colgado del hombro con la caña hacia abajo, y de repente se desprende el anillo que sostiene la correa y el arma está a punto de caérsele al suelo. Entonces, sin pensarlo, engancha la hebilla de la correa en el anillo metálico que protege el gatillo y continúa caminando.

Después de un rato, cuando la senda se vuelve más abrupta, tropieza con una piedra y el brusco movimiento de su cuerpo hace que la hebilla de la correa se encastre en el gatillo.

El fusil se dispara y una bala le da en pleno pie a Salvatore.

A pesar de que su vida en ningún momento corre peligro, al final tiene que acudir a un hospital palermitano, donde le amputan un dedo del pie. Ha sido un estúpido accidente, y además ahora tendrá que convivir con la molestia de haber perdido un dedo durante el resto de sus días. Pero lo que Salvatore no sabe es que aquella herida se convertirá en una prueba contra él.

Pasa menos de un mes y, en un tiroteo, pierden la vida dos primos de los Sacco, Giovanni Plano y Stefano Mangione, dos personas intachables, padres de familia y honrados trabajadores a los que todo el mundo aprecia.

El asunto transcurre así.

Giovanni Plano y Stefano Mangione, a quien acompaña su hijo de diez años, forman parte de un grupo de personas que se ha detenido en un abrevadero para comer y descansar un poco.

Vuelven de Ribera, adonde han ido a vender algo de ganado, y por eso

tienen mucho dinero en el bolsillo.

Mientras se están levantando para retomar el camino hacia Raffadali, el pequeño Mangione, que se ha adelantado al grupo, vuelve hacia atrás diciendo que ha visto, a una cierta distancia, a varios hombres armados.

Le han hecho señas de que continuara, de que siguiera caminando, pero el pequeño, asustado, les ha dado la espalda y ha regresado corriendo para buscar la protección de su padre.

Todos en el grupo piensan de inmediato que deben de ser unos maleantes que les quieren robar el dinero de la venta del ganado, y por eso empiezan a moverse con extrema cautela, fusiles en mano.

De pronto, Vincenzo Mangione, hermano de Stefano, que está muy asustado, ve unas sombras delante de él y comienza a disparar.

Los otros responden de inmediato disparando a su vez contra el grupo.

También los dos primos se ponen a disparar, pero se llevan la peor parte.

Será precisamente Vincenzo Mangione quien, llorando como un desesperado, les contará a los Sacco lo que ha sucedido.

Pero los carabinieri, entretanto, han encontrado en los bolsillos de los muertos todo el dinero que habían conseguido con la venta del ganado. Por eso deducen que no se ha tratado de un robo.

¿No será, se dicen, que en este asunto están metidos los Sacco?

Quizá Plano y Mangione no han querido ayudar a los prófugos y ellos los han matado.

Los carabinieri acuden a casa de los Sacco y encuentran a Salvatore, que aún cojea por culpa de la herida en el pie.

—¿Cómo te la has hecho?

Salvatore no puede decir que se le disparó el fusil, hace tiempo que le han quitado el permiso de armas.

—Me cayó una piedra sobre el pie.

Pero a los carabinieri les basta con ver la herida para comprender que se trata de un disparo de arma de fuego.

—Esta herida te la han hecho Plano y Mangione tratando de defenderse en vano de vosotros.

Conclusión: el doble homicidio acaba sobre las espaldas de Salvatore, de Alfonso y de Vanni.

Los Sacco no pueden defenderse alegando la confesión de Vincenzo Mangione. Creerán que lo han sobornado o, aún peor, que lo han amenazado.

Además, otro hermano de Vincenzo, Francesco, está casado con Filomena, la hermana de los Sacco.

A pesar de que su defensa hace aguas por todos lados, después de un año, la Fiscalía de Palermo los absuelve.

## 9

### Los herederos desafortunados

La mafia, mientras tanto, tiene que decidir quién será el nuevo jefe.

El puesto debería corresponder por derecho a Salvatore Terrazzino, el carnicero, el verdugo de hombres y de animales, a quien sólo Cuffaro ganaba en ferocidad. De hecho, el antiguo capo consideraba a Terrazzino su pupilo más aventajado.

Pero, desde hace algún tiempo, Salvatore Terrazzino está encarcelado en Girgenti y espera un juicio por homicidio que no empieza nunca.

Entonces se encuentra una solución de compromiso.

Quien ocupará el puesto de Cuffaro será un hermano de Terrazzino, Giovanni, excapataz del feudo Milone, hombre sobre cuya capacidad de matar no existe ninguna duda, pues ya la ha demostrado varias veces.

Cuando tenga que tomar una decisión importante, Giovanni actuará de acuerdo con las instrucciones que su hermano Salvatore le enviará desde la cárcel.

Tras tomar posesión de su cargo, Terrazzino hace saber a la ciudad y al mundo que su primer deber es matar a los Sacco, culpables de haber asesinado, a su vez, a ese grande y venerable gentilhombre que era Giuseppe Cuffaro.

Pero Giovanni Terrazzino está destinado a disfrutar del poder sólo durante unos pocos meses.

En la mañana del 10 de enero de 1925, el nuevo capo de la mafia, acompañado por otro hermano suyo llamado Domenico, está volviendo a Raffadali después de haber pasado la noche en su casa de campo.

Hace frío, pero el cielo está despejado.

Los dos hermanos recorren una cañada por donde no pasa ni un alma; los aldeanos la han cruzado a las siete de la mañana en sentido contrario para ir a trabajar.

Los dos hermanos están armados, y Domenico, que es un gran cazador, ve encima de una rama un gran pájaro y se quita el fusil de la espalda.

—¿Qué haces?

—Quiero disparar a ese pájaro.

—No. No hagas ruido.

Giovanni Terrazzino es prudente. Los Sacco están enfurecidos y son capaces de cualquier cosa, así que lo mejor es pasar desapercibidos siempre que sea posible.

Domenico, aún con el fusil entre las manos, mira de nuevo al pájaro, que echa a volar y se aleja hacia el cielo.

Luego oye un golpe seco, sólo uno. Y ve cómo su hermano Giovanni, a quien una bala de mosquete le ha atravesado la frente, cae del caballo.

Gira su animal y, muerto de miedo, trata de escapar pegando tiros sin ni siquiera mirar hacia donde apunta.

Un segundo disparo lo alcanza por detrás y lo hiere en el hombro izquierdo.

Pero Domenico consigue mantenerse en la silla y correr a la desesperada.

Delante del mariscal de los carabinieri de Raffadali, Domenico jura y perjura que no ha reconocido a quienes han disparado.

—¿Era uno solo?

—No, señor, eran dos o tres. O quizá cuatro.

—¿Estaban muy lejos?

—No, señor, a pocos metros.

—Pero ¿cómo es que no los reconoció si estaban a tan poca distancia?

—Tenían pañuelos.

Pañuelos con los que se cubrían las caras, lo que los hacía irreconocibles.

Una semana después, tras recibir órdenes precisas desde la cárcel de Girgenti, donde se encuentra su hermano Salvatore, Domenico cambia completamente su versión de los hechos y, delante del juez instructor, da

incluso nombres y apellidos.

—Nos dispararon a la altura de Portella Rognosa y mi hermano Giovanni cayó.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro.

—¿Los reconoció?

—Sí, señor.

—Pero ¿no había dicho a los carabinieri que se cubrían con pañuelos?

—Sí, señor, pero los pañuelos los tenían sobre la cabeza y los hombros, y no les tapaban la cara.

«Pero, entonces —habría debido rebatir en este punto el juez—, ¿para qué servían los pañuelos? ¿Para protegerse del frío?»

El juez no parece darle ninguna importancia a la incongruencia que hay en el relato de Domenico y continúa:

—¿Podría dar sus nombres?

—Sí, señor. Vanni Sacco, Alfonso Sacco, Filippo Marzullo y Pietro La Porta.

Marzullo y La Porta son dos aldeanos con sobrados motivos para hacerse amigos y defensores de los Sacco: a Marzullo la mafia le ha matado al padre; a La Porta, por su parte, Salvatore Terrazzino en persona le ha matado a dos hermanos, Luigi y Emmanuele.

La ocasión es perfecta para mandarlos a la cárcel a los cuatro.

—Y luego, ¿qué hizo?

—Yo escapé a la carrera mientras me disparaban por la espalda. Pero a seiscientos metros un tiro me dio en el hombro.

—¿Puede explicarme por qué le permitieron alejarse tanto antes de dispararle?

—Quizá no querían matarme.

—¿Por qué no les dijo a los carabinieri que lo habían herido?

—Era un simple rasguño. Balines de caza.

Como testigo de cargo, acude al juicio un aldeanillo de catorce años, Vincenzo Galvano (que tiene el mismo nombre y apellido que el otro testigo de la masacre de Cuffaro). El muchacho se encontraba en compañía de Mariano Mangione, un anciano que vive en los alrededores.

El jovencito declara que, inmediatamente después del tiroteo, vio pasar por delante a Vanni y a Alfonso Sacco, mientras que Mangione dice que el

jovencito se lo está inventando todo, porque delante de ellos no pasó nadie.

A Vincenzo Galvano, apenas hecha la declaración delante del juez, alguien le proporciona, en señal de agradecimiento, un billete de embarque para América.

Mariano Mangione, que había desmentido a Galvano, termina en la cárcel de Girgenti acusado de complicidad.

Dicho sea de paso: a pesar de mantenerse firme en su negativa, al final lo excarcelan.

Pero, como señalan las actas del proceso, «Mangione murió el 22 de agosto de 1925, como indica el certificado de defunción». Eso sucedió a los pocos días de que saliera de la cárcel.

Y, si se lee dicho certificado, se descubre que Mangione no murió por causas naturales, tal y como podría desprenderse de la lectura de los papeles del proceso, sino abatido por disparos de arma de fuego.

Mientras estaba en la cárcel, Salvatore Terrazzino lo había amenazado de muerte si no declaraba lo mismo que el jovencito Galvano, pero Mangione se había resistido. Por tanto, a todo el mundo le fue fácil adivinar que a Mangione lo habían asesinado por orden de Salvatore Terrazzino.

De todos modos, carabineros, jueces y población rafadalesa no tuvieron la más mínima duda: quienes habían eliminado al segundo capo de la mafia habían sido Vanni y Alfonso Sacco.

Sin embargo, cualquiera que tenga dos dedos de frente habrá entendido el mensaje de los Sacco (o lo que todos los habitantes del lugar toman por un mensaje de los Sacco).

En efecto, el tercero en el orden jerárquico de la mafia rafadalesa —y quien por tanto habría debido ocupar el puesto de Giovanni Terrazzino— de un día para otro desaparece del pueblo: la tarde anterior estaba y a la mañana siguiente nadie lo encuentra.

¿Adónde ha ido a parar?

En un primer momento, todos piensan que su cuerpo debe de encontrarse en un pozo o en el fondo de algún barranco; sin duda, los hermanos Sacco lo han asesinado.

Pero, un par de semanas después, Raffadali se despierta con la noticia de que ha ido a esconderse a Palermo y que, desde allí, se ha embarcado para

Estados Unidos junto con otro mafioso.

Han notado olor a quemado y han preferido tomar el camino del exilio antes que enfrentarse a las armas de los hermanos Sacco: ésta es la opinión general en la comarca.

Y la población honrada de Raffadali se reconforta al sentir cómo la tenaza de la mafia se afloja un poco más.

Pero, entretanto, el puesto de capo de la mafia de Raffadali ha quedado vacante y hay alguien muy interesado en ocuparlo. Pero hace falta tener mucho valor.

Hay un individuo en Santa Elisabetta, un pueblo cercano a Raffadali, que se llama Stefano Catalano y que comienza a acercarse cautelosamente a los mafiosos rafadaleses de bajo nivel para presentarles su candidatura.

Ni siquiera le dan tiempo de moverse demasiado.

Por la tarde del 9 de marzo de 1926, delante de la puerta de su casa, lo tirotean y muere al primer disparo.

Su mujer corre junto a su marido, que yace en el suelo a punto de morir, y le pregunta quién ha sido. Y él, con el último aliento, apenas tiene tiempo de responder:

—Tú sabes quién ha sido.

—¿Y usted sabe quién ha sido? —preguntan los carabinieri.

—Vincenzo Ariosto y Giuseppe Infantino —responde la mujer.

Pero los médicos, después de examinar el cuerpo de Catalano, llegan a la conclusión de que no tuvo ni tiempo ni fuerzas para poder decirle nada a su mujer.

Cuando a alguien le disparan en mitad de la frente con un mosquete del 91, no tiene demasiadas posibilidades de delatar a su asesino.

Entonces interviene el hermano de Catalano, Girolamo, quien declara que en la mañana del día de la masacre vio, precisamente en casa de Ariosto, a Vincenzo y Girolamo Sacco, que, con ademán circunspecto, hablaban en voz baja con él.

Los carabinieri no pierden ni un minuto y arrestan a Ariosto e Infantino como asesinos y a Vincenzo y Girolamo Sacco por haber ordenado la muerte de Catalano.

Pero la cosa está destinada a terminar como una farsa.

En efecto, a la hora en la que el hermano del fallecido dice que Ariosto recibió la visita de Girolamo Sacco, éste se encontraba en la cárcel de Girgenti conversando con su hermano Salvatore, a quien habían arrestado momentáneamente.

Pero hay algo peor: ¡la tarde del homicidio, Vincenzo Ariosto estaba en el despacho del subcomisario Giannitrapani porque había acompañado a un sobrino para que se entregara a los carabinieri!

Los Sacco tienen muy claro que, detrás de todas estas maniobras contra ellos, está el verdadero líder de la mafia en Raffadali, el inteligentísimo y poderosísimo abogado C.

Es él quien decide las personas que deben pagar, es él quien establece las cifras, es siempre él quien diseña las estrategias más adecuadas, es decir, a quién matar y a quién no, a quién quemarle la casa y la cosecha, a quién mandar el último aviso antes de acabar con él.

Pero sabe mantenerse en la sombra, no hay manera de relacionarle con la mafia, aunque todos en el pueblo saben que los mafiosos hacen lo que él quiere.

El abogado C. se desplaza siempre de Raffadali a sus campos con un cochecito de dos plazas, un tílburí que conduce él mismo.

Un día, pasada la hora de comer, el abogado está regresando solo al pueblo. Se le ha hecho tarde, por eso tiene la fusta en la mano y con ella cada tanto incita al caballo a correr.

Y así, en un momento dado, mientras levanta la fusta para hacerla caer sobre el caballo, oye un disparo que proviene de detrás de una mata de hierba silvestre que hay en el margen del camino.

El disparo, muy preciso, ha destrozado la fusta. En la mano no le queda más que la empuñadura.

Ni siquiera tiene tiempo de entender qué está ocurriendo cuando un segundo disparo, tan preciso como el anterior, le hace volar el sombrero.

Muerto de miedo, mientras espera el tercer golpe, el que le quitará la vida, se pone a dar voces como un loco animando al caballo a correr.

Al final, el abogado consigue llegar sano y salvo a su casa, y encerrarse dentro. Ha entendido la advertencia.

Pero no puede quedarse eternamente escondido en casa diciéndoles a

todos que se siente un poco indispuerto.

Un día u otro deberá salir para ocuparse de sus asuntos.

Y Vanni Sacco lo espera.

Una mañana, antes del amanecer, el abogado sale cautelosamente de su casa, mira a su alrededor y pone un pie fuera. No le ocurre nada.

Al día siguiente hace lo mismo y se siente con ánimos de acercarse hasta la plaza.

Después de una semana recupera su vida y vuelve a ser tan presuntuoso como siempre.

No sabe que Vanni está jugando con él como el gato con el ratón.

Una tarde reúne en su casa de campo a una decena de mafiosos para decidir cómo resolver la situación de los Sacco.

Al oscurecer, la reunión termina y tres o cuatro mafiosos lo esperan a caballo para escoltarlo al pueblo. El abogado está cerrando la puerta con llave cuando una ráfaga de disparos de mosquete estampan su silueta sobre la madera de la puerta.

Cuando los mafiosos advierten que el abogado ha caído desvanecido al suelo, se ponen a disparar, pero están apretando el gatillo en vano: no tienen un blanco, sólo hacen ruido, porque el tirador ha desaparecido.

De vuelta a Raffadali, más muerto que vivo, el abogado se entierra en casa. Sólo saldrá cuando sus secuaces o los carabinieri consigan atrapar a los hermanos Sacco.

Pero ha perdido todo su prestigio y todo su poder.

Vanni, Alfonso y Salvatore ahora parecen inasibles.

La población, feliz y contenta de que la desaparición de la mafia los haya ayudado a recuperar la tranquilidad, ayuda a los Sacco con todos los medios posibles.

No sólo el pueblo llano o los aldeanos, sino también algunos «señores» que antes se veían obligados a pagarle grandes cifras a la mafia.

Pero la orden es que hay que coger a los Sacco, vivos o muertos.

También porque ahora hay quien sostiene que, si en la época de la marcha sobre Roma todos los socialistas hubieran actuado como están haciendo ahora los Sacco, el fascismo nunca habría alcanzado el poder.

## 10

### El Prefecto de Hierro

Mientras tanto, en 1924 llega a Sicilia el prefecto Cesare Mori. Tiene un claro mandato: Benito Mussolini, desde 1922 jefe del Gobierno, le ha dado la orden de exterminar a la mafia.

Es preciso, por tanto, hacerse al menos dos preguntas: ¿por qué Mussolini había decidido combatir la mafia?

Y ¿quién era Cesare Mori, al que los diarios llamarán el Prefecto de Hierro?

A Mussolini lo que lo llevó a hacer la feroz campaña antimafia fueron dos motivos: uno personal y otro que tenía que ver con cuestiones vinculadas al control de la economía y de la política. Desde luego, lo que lo había hecho moverse no había sido la voluntad de ayudar a los habitantes de Sicilia ni la de mejorar sus condiciones de vida.

Cuando el fascismo tomó el poder, la mayor parte de la mafia apoyaba a los liberales de Vittorio Emanuele Orlando, quien, en un discurso de 1924 en el Teatro Máximo de Palermo, había llegado a proclamar con orgullo: «¡Yo me declaro mafioso!».

Una minoría, en cambio, se sumó al fascismo. Un oculista de gran fama, Alfredo Cucco, exnacionalista que decía haberse apartado de la mafia, cuando se convirtió en diputado, llegó a formar parte del restringidísimo Directorio del Partido Nacional Fascista.

En su viaje a Sicilia, que tuvo lugar en 1924, a Mussolini lo avergonzó

públicamente un poderoso capo de la mafia, Ciccio Cuccia —«inefable», como lo definió el mismo Mussolini—, que era alcalde de Piana dei Greci y contra el que las autoridades presentes no tuvieron el valor de rebelarse.

Merece la pena contar el episodio.

Después de la visita a Palermo, a Mussolini le entran ganas de conocer algunos centros de la provincia, entre los cuales está Piana dei Greci (hoy Piana degli Albanesi).

El prefecto Cesare Mori, sabiendo que en Piana los aldeanos tenían una fuerte tradición socialista y que, además, el pueblo estaba gobernado por un mafioso, hizo escoltar a Mussolini por una veintena de agentes en moto.

Cuando Ciccio Cuccia, que había salido a la calle para recibir al jefe del Gobierno, lo vio rodeado por aquella gran cantidad de policías, le dijo en voz alta, de modo que lo oyeran también los ciudadanos que abarrotaban la plaza:

—Excelencia, ¿hacen falta tantos esbirros? Vucencia no tiene nada que temer a mi lado, porque aquí mando yo.

Y luego se dio la vuelta y le gritó a la multitud:

—Que nadie le toque ni un pelo a Mussolini, mi amigo y el mejor hombre del mundo.

Mussolini se puso verde de la rabia.

Mientras hacía aquel viaje, él comprendió, además, aquello que los mafiosos querían de él a cambio de un apoyo total: «Dejar —son siempre las palabras de Mussolini— el poder a unos pocos centenares de malvivientes».

Y dotó al prefecto Cesare Mori de plenos poderes.

Mori, por otra parte, conocía bien Sicilia.

Había estado allí en la inmediata posguerra para reprimir los movimientos nacidos de la desilusión de los aldeanos, a quienes, para animar su espíritu patriótico mientras se desarrollaba el conflicto, el Gobierno les había hecho la enésima promesa de darles tierras que cultivar y, luego, había vuelto a romper su palabra.

A continuación lo nombraron prefecto de Bolonia, pero los fascistas acabaron trasladándolo de nuevo al sur porque había mandado a decenas de personas a la cárcel después de los graves hechos de sangre sucedidos en el palacio de Accursio.

En resumen, el prefecto era alguien que no se acobardaba ante nadie.

Era un funcionario tan honrado como durísimo.

Por eso Mussolini lo envió de nuevo a Sicilia y lo dotó de unos poderes inmensos.

Mori combatió a la mafia empleando los mismos sistemas de la mafia y tuvo a su total disposición carabinieri, policía, cuerpos especiales e incluso unidades del ejército que debían responder tan sólo ante él. Tal como explica F. Renda:

*Con el pretexto de combatir a la mafia, se desterraron los principios generales del derecho, las garantías constitucionales del estatuto albertino, la observancia del hábeas corpus de los ciudadanos, las salvaguardias procesales, la correcta aplicación de la misma Ley de Policía. Cuerpos enteros del Estado, con la excusa de hacer valer la ley, no tuvieron escrúpulos en obrar fuera de la ley y también contra la ley [...]. Se procedía a la ejecución de los mandatos de captura organizando verdaderas razias [...]. En algún caso, se llegó incluso a asediar en bloque un pueblo (ejemplo clásico: Gangi, en las Madonias); y no sólo se utilizó a la policía local para hacerlo, sino también al ejército. Y luego, si no se ponían las manos sobre los presuntos mafiosos, se arrestaba a sus familiares —el padre, el hermano, a veces la madre o la esposa— para obligar al prófugo o a los prófugos a entregarse. [...] no fue raro el bárbaro e ilegal recurso a la tortura mediante la «cajita» u otros instrumentos de refinada y sádica crueldad.[3]*

Una dictadura puede permitirse esto y más.

Mori obtuvo la cabeza de importantes personajes del fascismo siciliano, como el propio Cucco o el general De Giorgi, y mandó a la cárcel a históricos capos de la mafia como Vito Cascio Ferro, Calogero Vizzini y Genco Russo.

Junto a ellos, centenares de mafiosos atestaron las celdas.

Aparentemente, el fascismo abatió a la mafia imponiendo no la ley, sino la ley del terror.

Pero ¿cómo es que, apenas caído el fascismo, la mafia volvió a ser más fuerte y poderosa que antes?

Escribe Denis Mack Smith:

*Si la mafia hubiera sido una asociación, en vez de un modo de vida, quizá Mori habría podido suprimirla durante un cierto período, pero sus complejas causas sociales y económicas no podían eliminarse en tan poco tiempo o solamente con estos métodos. Quizá en ciertos ambientes existía sólo el deseo de obtener una aparente victoria y de ganar prestigio; y por eso a Vizzini y a Russo los dejaron en libertad al cabo de poco tiempo «por falta de pruebas».*[\[4\]](#)

La clásica falta de pruebas que siempre alegan los jueces como justificación, sea con la democracia, sea con el fascismo.

Además, el prefecto había comenzado a irritar a la nobleza siciliana propietaria de aquel inmenso latifundio donde la mafia nacía y pacía. El prefecto estaba convencido de que entre los terratenientes y sus capataces mafiosos había un acuerdo.

Pero apenas comenzó a tomar este camino, lo reclamaron en Roma y terminó su carrera.

Eso sucedió hacia el año 1940, cuando Alfredo Cucco volvía a aparecer con frecuencia en los periódicos, sobre todo como autor de un libro donde sostenía que el coitus interruptus dejaba tuerto a quien lo practicaba.

De todos modos, en los primeros dos años, Mori casi no se interesó por la mafia rafadalesa.

Quizá porque sabía que ya había algún otro que pensaba en ella.

## 11

### El primer intento de captura

Cuando Mori decide ocuparse también de la mafia rafadalesa, la situación de los Sacco se vuelve mucho más difícil que antes.

El prefecto ha hecho saber que no tiene escrúpulos en cerrar un ojo, y si es necesario también los dos, si alguien, para evitar la cárcel, decide convertirse en espía y delator.

Y todavía son muchos los delincuentes, los mafiosos de bajo rango, los compinches de los mafiosos, capaces de vender a los Sacco con tal de obtener algún beneficio ante la ley.

Los Sacco ahora deben cuidarse hasta de su propia sombra.

Ya no se pueden fiar de nadie.

Constantemente corren el riesgo de toparse con las patrullas de carabinieri y de las fuerzas especiales, que ahora pululan por todo el territorio de Raffadali. Un día, Vanni y Alfonso se ven obligados a ir al pueblo por ciertos asuntos.

Desde el punto de vista económico, están en una situación catastrófica: han tenido que vender gran parte de las propiedades porque la clandestinidad y los abogados son muy caros.

Naturalmente, ni siquiera pueden acercarse a su casa porque las fuerzas del orden la mantienen bajo vigilancia noche y día. De modo que encuentran refugio en una casita aislada a las afueras del pueblo propiedad de su amigo y compañero Filippo Marzullo.

Están, como de costumbre, armados hasta los dientes.

Pero, cuando acaban de llegar, de pronto una decena de carabinieri,

comandados por el brigadier Jannuzzo, que conoce muy bien a los Sacco porque hace años que forma parte del cuartel de Raffadali, rodea la casa.

Alguien los ha visto entrar y ha ido a contarlo. Alguien que quiere ganar algo delatando a los Sacco.

El brigadier Jannuzzo ordena a sus hombres que no se muevan por ningún motivo y no disparen por ninguna razón.

Luego, se pone al descubierto en la explanada que está delante de la casita, llama a Vanni y, cuando está seguro de que lo está oyendo desde detrás de las persianas cerradas, le pregunta:

—¿Me dejas entrar, Vanni? Sólo quiero hablar contigo. Sé perfectamente que a mí no me dispararás.

Tras decir esto, se libera del mosquete y del revólver, y los posa en el suelo.

Lentamente, la puerta de la casa se abre y el brigadier entra.

Mientras tanto, el rumor de que la captura de los hermanos Sacco es inminente ha corrido en un santiamén por todo el pueblo, y decenas de rafadalese comienzan a acercarse a la casita. En menos de media hora, la casa está rodeada de lugareños, y los guardias municipales a duras penas pueden mantenerlos a una distancia prudente.

Dentro, el brigadier les ha ofrecido cigarrillos a los dos, y Vanni ha hecho lo propio y le ha servido un vaso de vino.

Los tres están tranquilamente sentados en torno a una mesa.

Parecen tres amigos que descansan después de una partida de caza.

Los fusiles de los hermanos están apoyados en un rincón.

—Vosotros habéis hecho lo que creíais que era vuestro deber. Habéis vengado a vuestro padre. Pero la partida debe terminar ahora. Vosotros nunca habéis disparado contra nadie, pero, si continuáis en la clandestinidad, un día u otro mataréis a alguien y entonces habréis cometido un error que nunca podréis remediar. Es inevitable que algo así os acabe ocurriendo. Si queréis escapar, deberéis responder a nuestro fuego. Y puede suceder que abatáis a alguno de los nuestros o que vosotros mismos no salgáis vivos.

Éste es, en pocas palabras, el discurso que les hace el brigadier.

Que no sólo tiene una férrea lógica, sino que toca un tema doloroso que los hermanos Sacco llevan dentro desde hace tiempo, aunque nunca han hablado de él.

Ellos sentían que llegaría el maldito día en el que tendrían que elegir: o

disparar a las fuerzas del orden, y así convertirse en los delincuentes que ellos nunca han sido, o levantar los brazos y rendirse.

Y ese día ha llegado.

Tanto que, después de menos de una hora, Vanni y Alfonso convienen con el brigadier que para ellos ya no hay ninguna vía de escape.

Por eso se entregan a los carabinieri.

—Hacéis lo correcto —dice Jannuzzo.

Pero Vanni le hace una pregunta precisa:

—¿Nos esposaréis?

—No puedo hacer otra cosa.

Vanni lo piensa un poco.

—¿No se podría hacer de otra manera?

—¿Cómo?

—Vosotros dejáis a dos carabinieri de guardia aquí fuera. Así estáis seguros de que no podemos escapar. Esta tarde, cuando oscurezca y ya no haya gente por la calle, Alfonso y yo, de uno en uno, acudimos al cuartel y nos entregamos. No queremos padecer la humillación de que nos paseéis esposados por las calles del pueblo.

El brigadier sabe que los Sacco nunca han faltado por ninguna razón a su palabra. Sin embargo, quiere asegurarse:

—¿Me dais vuestra palabra de honor?

Lo hacen.

—Entonces estamos de acuerdo —concluye Jannuzzo, y se levanta de la mesa.

Pero Vanni le pide un último favor:

—Por favor, ¿puedes enviar a alguien para que le diga a nuestra tía Grazia que estamos aquí? ¿Y puedes decirles a tus hombres que la dejen pasar? Si vamos a terminar en la cárcel, necesitamos hablar con ella.

La tía Grazia era la hermana de la madre de los Sacco, los hermanos querían hacer un poder general con vistas al encarcelamiento.

El brigadier manda a uno de los suyos a avisar a la tía de los Sacco y vuelve al cuartel con toda la tropa, después de obligar a los rafadaleses a que desalojen la zona y de dejar de guardia, como estaba convenido, sólo a dos carabinieri.

Después de un rato, va a verlo el secretario político fascista del pueblo.

Está loco de rabia contra el brigadier, tiene baba en la boca, empieza a

dar puñetazos en la mesita.

—¿Por qué no los habéis arrestado? ¡Era vuestro deber arrestarlos en el momento! ¡Os denunciaré a vuestros superiores! ¡Os mandaré a la cárcel con los Sacco!

—¡Cuidado con lo que dices!

—¡Tú eres su cómplice!

El brigadier comienza a cansarse de él y lo amenaza, por muy secretario político que sea, con meterlo en la celda de seguridad.

El otro finge calmarse.

Y entonces el brigadier le explica que ha llegado a un acuerdo con los Sacco y que está más que seguro de que tanto Vanni como Alfonso mantendrán su palabra.

Pero el secretario político quiere un arresto que sirva de ejemplo a los rafadaleses, quiere alboroto y ruido, quiere un desfile delante de toda la población con muchas esposas y escarnio público.

—¡Hay que enseñarles a los lugareños que no pueden tomarse la justicia por su mano! ¡No se pueden acordar privilegios con unos vulgares bandoleros que osan desafiar el orden fascista!

Sin embargo, el brigadier se mantiene firme en su decisión, sobre todo porque también él les ha dado, en cierto sentido, su palabra de honor a los Sacco.

Amenazando con represalias y castigos, el secretario político deja el cuartel y, desde la Casa del Fascio de Raffadali, telefona a Palermo, al cuartel general de Mori.

Desde Palermo, alguien del cuartel general telefona, a su vez, al cuartel de Raffadali: hay que arrestar de inmediato a los Sacco. Al brigadier Jannuzzo lo sustituirá un mariscal que llegará con una unidad de fuerzas especiales de la capital, Girgenti, y que comandará toda la operación.

La tía de los Sacco apenas tiene tiempo de dejar la casita donde están sus dos sobrinos cuando una treintena de hombres de las fuerzas especiales llegados a toda velocidad de la capital, en amenazante orden de combate, rodean el edificio.

También el secretario político está presente y ríe satisfecho: los Sacco ya no tendrán salvación.

—¡Vanni y Alfonso Sacco, rendíos! —grita el mariscal de las fuerzas especiales, tratando de intimidarlos.

Ninguna respuesta.

—¡Os doy tres minutos para salir con las manos levantadas!

Ninguna respuesta.

Mientras tanto, son centenares los rafadaleses que han acudido de nuevo al lugar. Todos los aldeanos están en silencio, es evidente que temen por la suerte de los Sacco.

Los tres minutos han pasado.

—¿Qué hacemos? —pregunta el mariscal al secretario político, que se pavonea pensando que ahora su carrera está asegurada.

—Disparad —responde.

Las fuerzas especiales abren fuego como si estuvieran en la guerra y rompen persianas, puertas y ventanas. Incluso derriban parte del revoque de la pared.

—¡Alto! ¡Cesad el fuego! ¡Y vosotros, Sacco, salid fuera!

Ninguna respuesta.

—¿Qué hacemos?

—¡Entrad! —ordena el secretario político.

El mariscal, con otros tres hombres, se acerca cauteloso y desfonda con una patada la puerta, que ya está medio destrozada. Los cuatro irrumpen en la casa.

Luego se ve al mariscal asomarse por una de las ventanas del primer y único piso.

—Pero ¡aquí no hay nadie! ¡Han escapado!

Mientras los rafadaleses estallan en grandes aplausos y risas, burlándose, el mariscal descubre una galería subterránea.

Se introduce por ella: la galería desemboca en campo abierto.

Los Sacco ya están a salvo, muy lejos de allí.

## 12

### El engaño y la represión

A menudo, cada uno de los Sacco, mientras montan guardia en las noches de vigilia junto a los otros hermanos que duermen en el suelo dentro de una gruta, se ha preguntado qué es lo que ha sucedido para que hayan pasado de ser personas buenas y honradas a convertirse en animales acosados por los cazadores.

Y además están cansados, cansados de disparar, cansados de escapar, cansados de vivir a la deriva: una vida para la que no estaban hechos, ellos habían nacido para trabajar honradamente.

Escribe Alfonso:

*Nosotros estábamos cansados de esta triste vida de clandestinidad, siempre preocupados por los peligros que nos acechaban, y justamente anhelábamos —es más, ansiábamos— encontrar una salida lo más digna posible y liberar a nuestra familia de la injusta y encarnizada persecución de la ley fascista.*

Y así, finalmente, hablan entre ellos en una tarde de verano de 1925, y toman una decisión con la que intentarán salir de la situación en la que se encuentran.

El hombre más rico e importante del pueblo es el comendador V., cuyo primogénito ha sido incluso bautizado por su majestad Víctor Manuel III en persona. Él es, por tanto, compadre del rey.

No sólo es monárquico, sino también un fascista declarado, y ha dado

tanto dinero al fascio que el honorable abogado Angelo Abisso (el mismo que no se había presentado al proceso) lo ha proclamado «el príncipe del préstamo lictorio».

Todo el mundo sabe que una palabra suya es capaz de hacer cambiar de opinión a los jueces cuando llega la hora de que emitan un veredicto.

¿Por qué no ir a hablar con él a corazón abierto?

Él ciertamente está enterado de los hechos, sabe que los Sacco nunca han hecho daño a una persona de bien.

Los hermanos se ponen en contacto con él a través de un amigo y el comendador acepta recibirlos de noche en su casa de campo.

Van Alfonso y Vanni, desarmados por respeto a la persona y a la casa.

—¿Qué puedo hacer por vosotros?

Vanni le cuenta, con pocas palabras, su historia, que el comendador dice conocer en parte.

—¿Y ahora qué queréis hacer? —pregunta al fin el comendador.

—Quisiéramos entregarnos a la justicia.

—Y, entonces, ¿por qué habéis venido a hablar conmigo en vez de ir a entregaros a los carabineros?

—Porque quisiéramos que usted intercediera por nosotros.

—¿Es decir...?

—Le agradeceríamos que se preocupase por que tengamos un juicio justo.

El comendador los mira y no abre la boca.

Los dos hermanos no saben qué hacer, ese silencio los preocupa mucho.

Pero, cuando por fin el comendador se decide a hablar, lo que dice les extraña por completo.

—No me parece una buena idea.

—¿Cuál? —pregunta Vanni.

—La de entregaros.

Los dos hermanos se sienten entre la espada y la pared.

—Y, entonces, ¿qué hacemos?

—No quiero decir que no os entreguéis. Lo que me parece mala idea es que lo hagáis precisamente ahora, porque con Mori no es posible razonar.

—Y, entonces, ¿cuándo?

—Yo os haré saber cuándo. Es más, Vanni es el único que debe entregarse, porque tú, Alfonso, no has hecho nada. En el momento adecuado,

querido Vanni, te acompañaré yo mismo al tribunal y yo mismo te devolveré libre de toda acusación a casa.

Luego se pone de pie, se lleva una mano al bolsillo, saca doscientas cincuenta liras y se las ofrece a Vanni, que no quiere aceptarlas, pero que al final se ve obligado por la insistencia del comendador.

Comenta Alfonso:

*Aún oigo estas palabras en los oídos, ¡que aquella noche fueron para nosotros un gran alivio, una esperanza de que nuestro porvenir sólo podía mejorar! Pero ni yo ni mi hermano éramos capaces siquiera de imaginar lo hipócrita que era este miserable.*

En efecto, a la mañana siguiente, el comendador parte hacia Palermo. Quiere hablar en persona con Mori. Le quiere decir que los rafadaleses están hartos de los Sacco, que el hecho de que aún estén libres y de que campen a sus anchas por la comarca es una vergüenza que la población no va a poder soportar durante mucho tiempo.

Sus quejas caen sobre un terreno abonado.

En efecto, a Cesare Mori le sale humo de las narices de tan enfadado que está. Los Sacco no sólo han conseguido escapar, sino que ahora incluso los rafadaleses están hartos de que Alfonso, Vanni y los demás se mofen de las fuerzas del orden.

Y así, después de llegar a la conclusión de que los hermanos Sacco no podrán permanecer demasiado tiempo en libertad si no cuentan con la ayuda de la población local, Mori decide, según su costumbre, dar un ejemplo que desaliente, de una vez por todas, a quien quiera ayudar a los prófugos o proporcionarles apoyo.

Pero hay un problema, que es siempre el mismo: antes de detener a los Sacco, es necesario saber de qué se les va a acusar. Hasta que se pruebe lo contrario, los Sacco nunca han sido mafiosos; es más, si se encuentran en la clandestinidad es precisamente por haberse opuesto a la mafia.

Por tanto, en teoría, Cesare Mori debería considerarlos sus aliados y no sus enemigos.

Y, entonces, ¿por qué ir contra ellos?

Porque, según los rumores del pueblo, habrían matado nada menos que a dos capos mafiosos. Por eso son unos asesinos, aunque hayan limpiado el

pueblo de un par de indeseables que tenían decenas de asesinatos en su conciencia.

Pero, admitiendo que los que hubieran matado a los dos capos de la mafia hubieran sido los Sacco —y la duda es por lo menos lícita, dado que nunca han conseguido una prueba firme en su contra—, ¿qué necesidad habría de mandar a las fuerzas especiales y montar un espectáculo para arrestarlos?

En realidad, deberían ser las fuerzas normales del orden las que, antes o después, atraparán a los hermanos Sacco.

En conclusión: ¿cómo puede hacer el prefecto para justificar su testaruda caza de los Sacco, sobre todo teniendo en cuenta el cometido con el que Mussolini lo había enviado a Sicilia?

En este punto, Mori recuerda que dentro de su cometido también está la lucha contra el bandolerismo. Aunque, entre unas cosas y otras, en esta época apenas quedan bandoleros en la isla, y los que todavía viven allí lo hacen en pésimas condiciones.

Eso es, éste es el camino correcto.

Convertir a los hermanos Sacco en bandoleros.

Y los bandoleros, desde que el mundo es mundo, forman parte de una banda.

En un visto y no visto, nace la «famosa banda de los Sacco».

Pero ¿hay que decirle a la prensa que la banda está acusada del asesinato de dos mafiosos plurihomicidas?

Por supuesto que no, porque entonces la gente sentirá simpatía por los hermanos Sacco.

Por eso Mori, cada vez que habla con los periodistas, no deja de recordar lo peligrosa que es la banda de los Sacco, dedicada a los atracos, a los asaltos a mano armada, al hurto y al robo de ganado.

Y pone como ejemplo una colecta que el pueblo está haciendo para ayudarlos: según las palabras del prefecto, la colecta voluntaria se ha acabado convirtiendo en extorsión continuada.

Sólo los rafadaleses pueden testificar que Mori se lo está inventando todo, pero la mayoría no sabe leer ni escribir, y el prefecto, a fuerza de repetirlo, acaba consiguiendo que los sicilianos se crean sus palabras, principalmente porque cada día los periódicos reproducen en grandes caracteres las fechorías de la «famosa banda de los Sacco».

Cuando Mori está convencido de que tiene a favor a la opinión pública,

pasa a la acción.

Al alba del 3 de mayo de 1926, Raffadali se despierta completamente rodeada por las fuerzas especiales.

Nadie puede salir del pueblo, los aldeanos que intentan ir a trabajar a sus campos son obligados a volver a sus casas.

En un momento dado, las fuerzas especiales entran en el pueblo y comienzan los arrestos.

Tommaso Cuffaro, exalcalde socialista; Francesco Gueli, exvicealcalde socialista; Salvatore Motta, exconcejal socialista; Baldassare Gueli, notario, con sus cinco cuñados; Salvatore Gueli, funcionario de correos, y Alfonso Motta, médico municipal, acaban arrestados con la acusación de haber dado refugio y asistencia a la «famosa banda de los Sacco».

Con la misma acusación se llevan esposados a otro centenar de personas, entre empleados municipales, comerciantes, propietarios y aldeanos.

Pero el arresto que más da que hablar en la aldea es el del comendador Alfonso Di Benedetto, exalcalde, acusado incluso de complicidad con los Sacco en el homicidio del capataz Cuffaro.

Unas horas después, poco antes de que salga el sol, las fuerzas especiales detienen a la madre de los Sacco, de más de setenta años; la mujer de Vanni; la mujer de Vincenzo; la hermana de la madre de los Sacco, tía Grazia, de ochenta años, por el asunto del poder; y los dos hermanos Mangione, primos de los Sacco.

Además, los hombres de Mori no dejan ni una casa de Raffadali sin registrar.

Destripan almohadas y colchones, abren a patadas las puertas que encuentran cerradas, tiran algunos muebles a la calle.

Más que una operación de policía, parece una razia de bandoleros.

Pero es Mori quien quiere que sus hombres actúen así, con brutalidad, con rabia, para infundir miedo a todos.

Pero, puesto que no hacen distinciones entre delincuentes y gente honrada, y proceden con todos del mismo modo, resulta que también las personas respetables, que en un primer momento habían saludado con simpatía la noticia de la llegada de alguien que venía a combatir a la mafia, cambian de opinión al verse tratadas de ese modo.

Entretanto, en el cuartel, interrogan ininterrumpidamente a la vieja madre de los Sacco durante un día y una noche sin que nadie le dé de comer ni de beber: quieren que les diga dónde se encuentran sus hijos y la acribillan a preguntas.

La mujer no lo sabe, no lo sabe de verdad, por eso no está en condiciones de responder.

Entonces, llevan a todas las mujeres de los Sacco —la madre, la hermana de la madre, las esposas— a la cárcel de Girgenti.

Mori hace correr la voz de que sólo las pondrán en libertad si los Sacco se entregan voluntariamente.

Pero, a pesar de toda la represión a la que está sometiendo a la familia, Mori no consigue lo que quiere.

Entonces, después de quince días de arresto, ponen a los primos Mangione en un callejón sin salida: o escriben una declaración en que confiesen que Vanni y Alfonso les han revelado todos los detalles del homicidio del capataz mafioso Giovanni Terrazzino, o los acusarán de asociación mafiosa y los desterrarán.

Los dos se niegan a firmar la declaración.

En consecuencia, durante algunos días los llevan de la cárcel al cuartel, donde padecen graves torturas. Los muelen a palos, tal y como confirman los informes médicos que posteriormente se les realizará.

Después de una semana, no pueden resistirse más y firman.

Con una serie de procesos rapidísimos, Mori consigue obtener algunas condenas por complicidad: ochenta y seis de los más de cien arrestados reciben penas de entre cuatro y nueve años de cárcel; a la madre de los Sacco la condenan a ocho años, igual que a su hermana.

A Alfonso y a Vanni, por haberse burlado de las fuerzas especiales con su fuga, los condenan a doce años.

En el proceso de apelación, absolverán a la tía y rebajarán la condena de la madre a la mitad.

La declaración de los primos Mangione, realizada bajo torturas y completamente falsa, servirá para volver a abrir el proceso por el homicidio del mafioso Giovanni Terrazzino, del cual Vanni y Alfonso habían sido absueltos.

Un día, mientras los Sacco, desesperados, ya no saben qué hacer, alguien se acerca a ellos.

Es un aldeano que trabaja en los campos del comendador V.

—Me envía el comendador para deciros que ahora es el momento adecuado para entregaros a los carabineros.

Pero los Sacco han entendido su juego.

Lo han entendido al saber quiénes eran las personas a las que Mori había arrestado: no delincuentes comunes o mafiosos, sino socialistas y enemigos personales del comendador.

Quien, evidentemente, se ha servido de la clandestinidad de los dos hermanos para darle a Mori una excusa para llevar a cabo los arrestos.

En efecto, liberado el campo de los adversarios que podían disputarle el liderazgo de la aldea, el comendador es elegido inmediatamente después alcalde de Raffadali.

Los Sacco no tienen ganas de entregarse.

## 13

### La captura

Ahora, después de que Cesare Mori ha demostrado que es un hombre capaz de cualquier cosa y que no tiene en cuenta las normas de la ley, la gente comienza a pensarlo dos veces antes de ayudar a los Sacco.

Y los mafiosos mismos no perderían ni un minuto en ir a denunciarlos a las fuerzas especiales, quizá para evitar de ese modo que los detengan a ellos, si supieran dónde se encuentran los buscados.

Y entonces los Sacco se ven obligados a desplazarse continuamente de un bosque a una montaña, de un pueblo a otro, de una gruta a otra, siempre con el aliento de las fuerzas especiales en el cuello y cada vez más fatigados.

En la tarde del viernes 15 de octubre de 1926, muertos de cansancio y de sueño, encuentran refugio provisional en una casucha de unos cuatro metros cuadrados en el feudo Mizzaro, cerca del pueblo de Sant' Angelo Muxaro.

Ya casi no les quedan provisiones.

—Voy al pueblo a ver si hay alguna tienda abierta y compro algo de comer —dice Alfonso.

Pero Vanni lo detiene.

—No. Mejor que no. Aquí somos forasteros. Una cara nueva puede despertar sospechas.

En una alforja tienen una hogaza de pan duro y un poco de queso, además de una cantimplora todavía llena de vino.

Se reparten lo poco que hay, luego echan a suertes quién debe hacer el turno de guardia hasta el alba. Le toca a Alfonso.

Mientras Alfonso sale fuera, Vanni y Salvatore se echan a dormir junto a

Marzullo y La Porta.

Las horas de la noche pasan tranquilas, hasta que Alfonso cae en un sueño ligero.

Pero lo despierta un ladrido furioso y repentino de perros que hasta un momento antes habían estado quietos.

Abre los ojos, ve las primeras luces del alba.

Pero ¿por qué los perros siguen ladrando?

¿Quizá se acerca alguien?

Alfonso comienza a sentirse inquieto, ahora ha adquirido el instinto de un animal acosado, y por eso trepa a un árbol para conseguir ver a más distancia.

Con el binóculo que siempre lleva encima, ve claramente en un lejano camino campestre algunos camiones militares quietos y vacíos.

Si esos camiones están vacíos, razona Alfonso, quiere decir que los militares a los que transportaban ya se encuentran en las inmediaciones.

No hay ni un minuto que perder.

Sin duda, alguien en la tarde anterior los ha visto entrar en la casucha, los ha reconocido y ha ido a contarlos.

Baja precipitadamente del árbol, entra en la casucha y comienza a despertar a los otros cuatro, que duermen a pierna suelta.

Pero todos se quedan paralizados al oír una voz que viene del exterior, sí, pero que se encuentra muy cerca:

—¡Estáis rodeados! ¡Rendíos!

Ahora están todos levantados, despiertos, con las armas empuñadas.

Pero entienden que esta vez no hay nada que hacer: deben reconocer que se han dejado coger por sorpresa, como si fueran principiantes.

Ni siquiera tienen tiempo de intercambiar media palabra porque, desde fuera, empiezan a disparar sin ningún tipo de aviso. En pocos segundos, el interior de la casucha se convierte en un campo de batalla.

Pero ¿cuántos son los que disparan desde fuera? ¿Un centenar?

Ninguno responde al fuego de las fuerzas especiales.

Vanni y Alfonso, tumbados boca abajo, se miran el uno al otro, como si estuvieran manteniendo una conversación con los ojos.

Ha llegado el momento.

Tienen delante de ellos la invisible línea que marca en su conciencia el paso a la ilegalidad.

Están completamente rodeados, y el único modo de intentar escapar es

salir fuera los cinco juntos disparando al tuntún para abrirse paso.

Pero disparar contra las fuerzas del orden significa declararse forajidos, y ellos no lo son, y sobre todo no quieren serlo.

En resumen, se encuentran en la situación que el brigadier Jannuzzo había previsto con tanta lucidez.

—¡Rendíos y salvaréis la vida! —dice la misma voz de antes.

Entonces, Vanni mira uno a uno a sus compañeros, y ellos, también uno a uno, asienten con la cabeza.

Por tanto, no queda más que obedecer las órdenes.

Pero no les da tiempo a salir.

El fuego se reanuda y dura cinco minutos eternos.

Luego acaba, y siempre la misma voz vuelve a gritarles:

—¡Tirad las armas fuera de la puerta!

Los cinco se miran a los ojos. Vanni le hace un gesto a Alfonso.

Alfonso abre cautelosamente la puerta, apenas lo necesario. Sus compañeros le pasan las armas y él las va tirando fuera, lo más lejos que puede, casi con rabia.

—¿Estáis desarmados? Tirad fuera también los cuchillos.

Se habían olvidado dos cuchillos. Los lanzan al exterior.

—¿Tenéis más armas?

—No. —Es Vanni quien responde.

—¡Salid uno a uno con los brazos levantados!

¿Quién debe salir primero? Los cinco dudan por un momento. Luego, Vanni se prepara para salir.

—No, lo haré yo primero —lo detiene La Porta—. Total, yo no he hecho nada.

Y sale, con los brazos alzados.

—¡Detente ahí!

La Porta se detiene a apenas dos pasos de la casucha mientras está saliendo, en segundo lugar, Alfonso.

—Detente ahí y ponte junto a tu compañero.

Delante de ellos hay una fila de hombres de las fuerzas especiales, con la rodilla apoyada en el suelo, el mosquete apuntándoles a la cabeza.

En breve, los cinco se encuentran alineados delante de la casucha con los brazos alzados.

—¿Hay alguien más dentro?

—Nadie —responde Vanni.

Durante medio minuto la escena se detiene, los cinco en fila y delante de ellos una decena de hombres con los mosquetes apuntándoles. En torno a éstos, una marea de militares que los están mirando en silencio.

Nadie habla. Los perros siguen ladrando.

«Pero ¿por qué no vienen a esposarnos?», se pregunta Vanni, asombrado. Y de repente sucede algo increíble.

Los militares abren fuego al mismo tiempo, como si fueran un pelotón de ejecución.

A Pietro La Porta una bala le da en el corazón y cae fulminado.

Alfonso se derrumba en el suelo gravemente herido en la cabeza; otros disparos de mosquete también lo golpean en el antebrazo y en la pierna izquierdos.

Salvatore tiene el pecho atravesado por un proyectil.

A Vanni y Marzullo sólo les han rozado, no están heridos. Pero son como dos estatuas, petrificados de horror e indignación por la infame cobardía que están cometiendo las fuerzas especiales.

Pero no han terminado.

Babeando de rabia, ahora los otros militares, que antes se habían quedado mirando, se lanzan contra el muerto, contra los heridos y contra los dos que aún están ilesos.

Es el desencadenamiento de una furia animal y feroz entre alaridos, blasfemias, palabrotas e insultos.

Al muerto le revientan la cara a patadas. Las botas de clavos hacen que al final esté casi irreconocible.

Salvatore, medio desvanecido por la herida, tiene el estómago perforado por un golpe de bayoneta.

A Alfonso le rompen el brazo herido con la culata de los mosquetes.

Vanni y Marzullo, abatidos en el suelo a furia de culatazos de mosquete en las piernas, cubiertos de patadas, puñetazos y bayonetazos, enseguida parecen unos maniquís sucios de sangre.

Es un verdadero linchamiento.

Llega al galope el comandante de la unidad, el teniente Nuvoletti, que, dando voces, consigue que terminen con la masacre.

Pero, al mismo tiempo, Nuvoletti se preocupa de proporcionar una coartada a sus hombres para que nadie pueda acusarlos por lo que han hecho.

Les dice a algunos de sus hombres que cojan las armas que estaban en manos de los Sacco y que disparen repetidamente al aire.

Así podrá sostener que tanto el muerto como los heridos son el resultado de un enfrentamiento entre las fuerzas especiales y los bandoleros, que no quisieron rendirse.

Pero comete un error de bulto: no hará disparar el máuser, el arma más potente y letal de todas las que están en poder de los Sacco, y que es propiedad de Vanni.

En efecto, en el proceso quedará claro que, aunque funcionaba perfectamente, nadie empleó esa arma en el pseudoenfrentamiento.

Nuvoletti es un hombre meticuloso y, por eso, ordena a sus hombres que recojan y guarden las vainas de los proyectiles que han disparado con las armas de los Sacco.

Sabe perfectamente que deberá demostrar ante la justicia que ha habido una refriega y que a las fuerzas especiales no les ha quedado más remedio que apretar el gatillo. De lo contrario, ¿qué explicación dar por el muerto y por los cuerpos desgarrados de los otros cuatro?

Para asegurarse por completo, también hace quemar la casucha.

Durante todo este tiempo, los heridos están en el suelo lamentándose y perdiendo sangre. Y nadie los atiende.

Finalmente, cargan al muerto y a los heridos de cualquier manera en un camión descubierto y los llevan, escoltados por las fuerzas especiales que han tomado parte en las operaciones, hacia Raffadali.

Es preciso que todo el pueblo vea que la «famosa banda de los Sacco» ha sido aniquilada.

Los rafadaleses esperan el paso del camión porque han recibido la noticia de algún aldeano, que se ha hecho una carrera a caballo para advertirlos de la masacre.

Todo sucede como en una escena de película del Oeste.

Mientras el cortejo atraviesa a paso de hombre la calle principal de Raffadali y a ambos lados los lugareños contemplan la escena en absoluto silencio, las campanas de la iglesia comienzan a repicar a muerto.

Ha sido el párroco en persona quien ha dado la orden.

—¿Por qué suenan? —pregunta el teniente Nuvoletti.

—Porque hay un muerto —le responde el párroco.

Pero todos saben cuál ha sido la intención del padre al ordenar al sacristán que toque a muerto: las campanas no sólo acompañan al pobre La Porta, sino que también se despiden de la esperanza que los Sacco habían regalado a los rafadaleses al liberarlos, durante algún tiempo, de la opresión mafiosa.

De repente, de la multitud silenciosa, se aparta un pequeño y escupe con desprecio hacia el carrito que transporta a los Sacco.

—¡No le hagáis nada! ¡No lo toquéis! —grita Vanni con el poco aliento que tiene.

No quiere que sus amigos la tomen con ese pequeño, está verdaderamente cansado de la violencia.

Alfonso, también herido y sin fuerzas, permanece apoyado sobre un codo y mira a derecha e izquierda. Al final encuentra lo que buscaba desesperadamente: el par de ojos de una muchacha de la que está enamorado. Los ojos de la chica están cubiertos de lágrimas.

Volverá a encontrar esos ojos casi cuarenta años después.

Hay aún otra triste consecuencia de la rabia animalesca de las fuerzas especiales.

En el patio del cuartel, esperando la llegada del cortejo, está el capitán Tomei, que es el jefe de aquella particular unidad.

Vanni está ayudando a Alfonso a bajar del carrito.

Y, en aquel preciso momento, el capitán, que está montado en un caballo, espolea la bestia con las espuelas y la lanza contra ellos para arrollarlos mientras da voces como un loco:

—¡Os mataré yo, delincuentes!

En el último segundo, el teniente Nuvoletti consigue apartar a los Sacco dándoles un fuerte empujón.

Los dos, que a duras penas se mantienen en pie, caen al suelo.

Nuvoletti los ayuda a levantarse, los acompaña en persona al interior del cuartel y ordena a los carabineros del lugar que se aseguren de que nadie se acerca a los hermanos Sacco.

Los carabineros, durante todo el tiempo que los Sacco pasan en el cuartel, los tratan con humanidad porque conocen la verdad de las cosas.

Lllaman a los médicos para que les curen las heridas, les dan de comer y de beber e intentan que estén lo mejor posible.

Pero pocos días después, el 28 de octubre, se celebra la marcha fascista sobre Roma, convertida en fiesta nacional.

Un centenar de fascistas, tanto rafadaleses como venidos de los pueblos cercanos, rodea el cuartel. En medio de ellos, en camisa negra, están también algunos mafiosos que han sabido ponerse a favor del viento.

—¡Entregadnos a los Sacco! ¡Queremos hacer justicia!

Los quieren linchar, están armados con porras y puñales.

El mariscal sale fuera con cuatro carabinieri e invita a los fascistas a disolverse.

Pero éstos se exacerban aún más.

—¡Entregádnoslos o entraremos a buscarlos!

Entonces, el mariscal levanta un brazo y los cuatro carabinieri disparan. Al aire.

Y los fascistas huyen.

Por prudencia, esa misma tarde, llevan a los Sacco a la cárcel de Girgenti.

En el curso del viaje, las heridas de Salvatore y de Alfonso se abren de nuevo.

## Ajustemos cuentas

*Todos los homicidios que ocurrían durante la época en que estuvimos en la clandestinidad se ponían en nuestra cuenta, la de los hermanos Sacco. Las autoridades no contemplaban que la delincuencia de Raffadali había arreciado sobre la población durante la Gran Guerra y los años siguientes y que dicho pueblo tenía todo el derecho a la venganza y a desahogar su rencor contra los delincuentes, especialmente sabiendo que estaban los hermanos Sacco para cubrirlo todo, es decir, para que los acusaran a ellos de todos los delitos que se cometían en la zona. Y, así, el prefecto Mori se dispuso a construir tres terribles procesos en los que a Giovanni y a mí nos achacó cuatro homicidios, mientras que a Salvatore lo acusó de uno, igual que al pobre Filippo Marzullo, quien perdió la vida en la cárcel durante la segunda guerra mundial por culpa de una enfermedad contraída a causa de la mala alimentación.*

Así escribe Alfonso.

Hay que poner un poco de orden y ver de cuántos homicidios acusaron a los Sacco mientras estaban en la clandestinidad.

Los homicidios fueron siete.

Algunas acusaciones de asesinato se perdieron por el camino porque se demostró sin posibilidad de duda que los Sacco no tenían nada que ver. En cambio, algunos procesos anteriores, de los que habían absuelto a los Sacco, se volvieron a abrir y los hermanos tuvieron que presentarse ante los jueces con unos cargos bastante graves en su contra.

Pero —y esto es preciso recordarlo—, en el momento de su arresto, había un solo procedimiento abierto contra ellos: el homicidio de Terrazzino. O, mejor dicho, en primera instancia ya los habían absuelto de aquel crimen, pero la justicia había recurrido.

Luego, mientras estaban en la cárcel, se reabrieron los procesos por las masacres de Cuffaro, Plano y Mangione.

A La Porta estimaron que era mejor no acusarlo de nada, ya que le habían disparado mientras se estaba rindiendo.

Comencemos por el asesinato de Cuffaro.

Con una «brillante» operación (que no se entiende por qué no se ha hecho tres años antes), los carabinieri arrestan a un par de aldeanos, los primos D'Anna.

Son dos buenas personas, intachables, nunca han tenido ningún problema con la justicia. Trabajan en unos terrenos que son propiedad del comendador Alfonso Di Benedetto, el que ha sido cuatro veces alcalde y a quien habían encarcelado durante la incursión de las fuerzas especiales de Mori.

Durante quince días someten a los dos desventurados primos a verdaderas torturas, hasta el punto de que a uno le provocan una hernia y el otro pierde durante un tiempo la vista de un ojo.

Pero al final la justicia obtiene lo que desea.

Han ablandado tanto a los D'Anna que ahora dirían cualquier cosa. O mejor: dicen lo que los torturadores quieren que digan.

¿Os acordáis de la *Historia de la columna infame*, de Manzoni, cuando Mora, que ya no puede soportar más torturas, le dice al juez: «Dígame qué quiere que confiese y lo confesaré»?

—¿Dónde os encontrabais cuando asesinaron a Cuffaro?

—Habíamos ido a la casa de campo del comendador Di Benedetto.

—¿El comendador estaba solo?

—No, señor, estaba en compañía de Vanni y Alfonso Sacco.

—¿Qué sucedió?

—Sucedió que, mientras estábamos hablando, Vanni Sacco me dijo que fuera a ver si Cuffaro volvía del feudo.

—Para volver a su casa en Raffadali, Cuffaro debía pasar por fuerza delante de la casa de Di Benedetto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y fuisteis?

—Sí. Pero antes le pregunté a Vanni por qué quería saberlo.

—¿Y él qué respondió?

—Me dijo que quería matar a Cuffaro.

—¿Y luego?

—Como dudábamos, el comendador nos dijo: «¿Habéis oído lo que os ha dicho Vanni?». Y nosotros lo hicimos.

—¿Qué hicisteis?

—En cuanto vimos llegar a Cuffaro, advertimos a los Sacco, quienes salieron afuera, se apostaron frente al camino y, apenas tuvieron a tiro a Cuffaro, le dispararon.

—¿Visteis u oísteis algo más?

—Sí. Después de los disparos, el comendador salió. Y entonces Cuffaro, que estaba aún moribundo, apenas lo vio le rogó que lo ayudara.

—¿Qué hizo Di Benedetto?

—Se puso a reír. Y luego le dijo: «¿En qué te puedo ayudar? ¿No ves que estás muerto?». Y volvió adentro.

Esta escena suena tan fantástica que Alfonso comenta:

*Aquí se necesitaría la pluma de un Victor Hugo o de algún otro gran escritor para poder expresar todo el diluvio que brotaría de las palabras de Cuffaro dirigidas a Di Benedetto y de la frase de este último.*

Diluvio literario, se entiende.

En el proceso de 1923, el que había absuelto a los Sacco, la autopsia había dejado claro que el único disparo que había matado al capo de la mafia le había dado en medio de la frente y que no le había dado tiempo ni de decir esta boca es mía.

Pero, cuando el juez los llama a declarar, los primos D'Anna se retractan de todo, acusan a los carabinieri de haberlos torturado, presentan las pruebas médicas que atestiguan las vejaciones que han padecido.

Conclusión: Di Benedetto y los D'Anna son puestos en libertad.

Pero el homicidio de Cuffaro sigue sobre los hombros de los Sacco.

Los homicidios de los primos de los Sacco, Plano y Mangione ocurrieron, y ya lo hemos contado, por una especie de equívoco.

Dejemos que Alfonso nos explique directamente lo que sucedió, porque el asunto es muy importante:

*El 9 de septiembre de 1924 mueren asesinados dos primos segundos nuestros: Giovanni Plano y Stefano Mangione. Después de las indagaciones y de los interrogatorios hechos por el brigadier Montalbano y también por el señor juez instructor, acaban descartando que los hayan matado para robarles. La autoridad se había convencido de ello por el lugar donde se encontraban nuestros parientes, quienes se sentaron en aquel abrevadero para comer y reposar —volvían de vender algunas bestias en la feria de Ribera— durante bastante tiempo, y en ningún momento nadie los atacó. Según la opinión de los carabineros, habría sido mucho más fácil robarles allí, donde los habrían pillado con la guardia baja, durmiendo, y quizá no hubiera sido necesario ni siquiera apretar el gatillo. En cambio, justo cuando reanudan el camino, el hijo de Mangione se da cuenta de que detrás de las piedras hay algunas personas que le hacen señas de que continúe; avisa a su padre y a los demás, y su tío Vincenzo, que estaba armado con un fusil, pensando que querían robarle, comienza a disparar y empieza un tiroteo. El resultado es la muerte de aquellos dos gentilhombres que en su vida no habían hecho más que trabajar para alimentar a sus familias honradamente. Esto me lo contó a mí y a mi hermano Giovanni nuestro primo Vincenzo Mangione en compañía de sus hermanos, entre los cuales está Francesco, marido de nuestra hermana Filomena. Y el verdadero autor, o sea, la causa de la muerte de aquellos dos queridos parientes, se puede decir que no fue otro que el propio Vincenzo Mangione.*

Entonces, a partir de este relato extraído del *Memorial*, escrito por Alfonso después de salir de la cárcel, se deduce que los hermanos Mangione presentes en el tiroteo eran tres: Stefano (que dejó la vida junto a Plano), Vincenzo (que comenzó a disparar) y Francesco (que era el marido de la hermana de los Sacco); que Vincenzo Mangione se asustó y empezó a disparar porque pensaba que los hombres que estaban detrás de las piedras le querían robar; y que quienes estaban detrás de las piedras reaccionaron al fuego matando a Giovanni Plano y a Stefano Mangione.

Pero ¿quiénes eran las misteriosas personas que estaban detrás de las piedras?

¿Por qué estaban allí?

¿A quién esperaban?

Sin duda, no a los Mangione, porque al pequeño le habían hecho señas de que pasara, de que siguiera caminando, de que continuara adelante, en resumen, de que se quitara de en medio, casi como si aquel grupo de personas fuera un estorbo para sus planes.

En el *Memorial*, Alfonso nunca da el nombre de los asaltantes. Y eso es una muestra de que no sabía quiénes eran.

Pero, en la *Biografía de la «famosa banda de los Sacco»*, escrita por él en 1959, mientras aún se encontraba en la cárcel de Saluzzo, Alfonso había contado una historia algo distinta.

*El 9 de septiembre de 1924, Stefano Mangione, primo nuestro y hermano del marido de nuestra hermana, y Giovanni Plano, esposo de nuestra prima, vuelven de la feria de Ribera y, cuando están junto a un abrevadero, los asesinan: ¡dos padres de familia, dos honrados agricultores, dos verdaderos gentilhombres! Los asesinan porque uno de los hermanos Mangione (Vincenzo) ve a unos malhechores al acecho y, temiendo que quieran robarle, comienza a dispararles con su fusil, y entonces se acaba produciendo una refriega que causa la muerte de esos dos padres de familia. [...] De la misma feria regresaba también un grupo de mafiosos entre los que había dos de los grandes capos: Francesco Giglione y el carnicero Salvatore Terrazzino. Cuando uno de sus correos los advierte de lo que sucede, se marchan a campo traviesa, tomando otro camino, y llegan al pueblo. Estos mafiosos, para endosarnos también estos delitos a nosotros, hacen correr la voz de que los malhechores no esperaban a los hermanos, sino a ellos, y que en consecuencia no podían ser otros que los hermanos Sacco.*

Tampoco aquí Alfonso da los nombres de los asaltantes.

Pero sí que menciona a dos mafiosos, y el hermano de uno de ellos, Giovanni Terrazzino —que ocupaba el mando después de que Salvatore hubiera terminado en la cárcel—, morirá tiroteado un poco más adelante y la gente se convencerá sin la más mínima duda de que han sido los Sacco.

Por tanto, si la historia del pequeño que vio a los enmascarados detrás de las piedras y a quien ellos le hicieron señas para que pasara tranquilamente es verdadera, esto significa que los asaltantes no esperaban al primer grupo, el de los Mangione, sino al segundo, el de los dos jefes mafiosos.

Años después, un periodista que se llama Giuseppe Pirrello entrevista a Alfonso, que ya tiene ochenta y siete años.

He aquí el relato que ahora le hace a propósito de este asesinato, tal como lo reproduce el periodista:

*Era el día de la feria anual de los animales en Cattolica y todo el mundo que quería hacer negocios asistía a ella. Iban también los capataces. Hacia el atardecer, cuando volvían a casa, los capataces empezaron a inquietarse porque temían una emboscada de la banda de los Sacco. Entonces obligaron a dos primos que se llamaban Mangione a avanzar unos centenares de metros por delante de ellos. Si notaban cualquier cosa que les pareciera extraña, debían regresar para avisarlos. Los Mangione llegaron al pozo de los Garbanzos y vieron caras sospechosas. Intentaron escapar para alertar a los capataces, pero los Sacco empezaron a dispararles y los dos primos acabaron muertos.*

Esta versión no cuadra en absoluto respecto del primer y el segundo relato.

En esta última, sólo aparecen dos de los tres Mangione y no hay ningún niño.

En el grupo sí que están los capataces ya aparecidos en la *Biografía*.

Las personas que hay detrás de las piedras ahora son los Sacco.

Y son los Sacco los que disparan primero.

Es muy grave que Alfonso admita que los hechos sucedieron de este modo.

¿Por qué los dos Mangione no reconocen a sus primos, los Sacco?

Porque, evidentemente, los Sacco iban enmascarados, es decir, tenían las caras cubiertas por pañuelos.

Y si estaban enmascarados detrás de las piedras era porque quizá esperaban la llegada de los capataces, que en el *Memorial* no aparecen, para

acabar con ellos.

Pero debió de haber algún equívoco, porque los Sacco nunca habrían disparado contra un cuñado suyo.

En cualquier caso, la esencia de la esencia es que Alfonso reconoce que fueron ellos quienes mataron a los dos infelices, que se vieron atrapados en mitad de una lucha sin cuartel entre los capataces y los Sacco.

Y esto plantea muchas dudas sobre cómo sucedieron verdaderamente las cosas.

Entonces, en conclusión, los homicidios achacados a los Sacco son cuatro: Cuffaro, Terrazzino, Plano y Mangione.

Y está también el tiroteo antes de que los capturasen.

Además, está la colecta, tipificada como extorsión continuada.

Luego está la fuga del primer intento de arresto.

Después, en este caso sólo para Vanni, está la condena en primer grado por aquel falso robo de ganado y contra la que Vanni ha recurrido.

Y estaría también la huida de la cárcel. Pero de eso nadie dice ni una palabra.

# 15

## El proceso

El proceso contra los cinco Sacco comienza en la segunda quincena de marzo de 1928.

Vanni, Alfonso y Salvatore están imputados de dos homicidios; Vincenzo y Girolamo, de «asociación agravada».

Antes de salir de la cárcel, no sólo los esposan a los cinco, sino que los encadenan los unos a los otros, de modo que no pueden ni siquiera caminar. Los meten en un camión cubierto y, escoltados por una decena de carabinieri armados, parten hacia los juzgados.

Pero, apenas cruzan el portón, encuentran alineadas dos filas de carabinieri. El camión pasa en medio de ellas. La doble fila de carabinieri no se acaba, prosigue ininterrumpidamente hasta llegar a la puerta de los tribunales.

Casi dos kilómetros de carabinieri en formación escoltan al camión.

Nunca se había visto nada semejante.

La puesta en escena debe servir para subrayar tanto lo peligrosa que es la «famosa banda de los Sacco» como el triunfo del prefecto Mori y de sus hombres.

Los imputados se proclaman inocentes.

El presidente, ante todo, quiere conocer los detalles del enfrentamiento que acabó con la captura de los hermanos Sacco y, por eso, llama a declarar al teniente Giovanni Nuvoletti.

El teniente cuenta que, una vez rodeada la casucha, les pidió a los Sacco que se rindieran y avanzó hacia la puerta, pero le dispararon dos tiros que le

pasaron rozando la cabeza.

—¿De dónde partieron esos tiros?

—De la puerta entornada.

Dado que el presidente quiere estar seguro de que los Sacco dispararon primero, llama al brigadier Dascoli.

—¿Los Sacco dispararon primero?

—Sí, señor.

—¿Desde dónde?

—Desde el techo de la casucha.

—¿Está seguro? El teniente ha dicho que dispararon por la puerta.

—No, señor. La puerta estaba cerrada. Dispararon desde el techo.

El presidente intenta buscar una explicación a las contradicciones entre el teniente y el brigadier.

—Quizá los disparos salieron de través y a usted le pareció que venían del techo.

—¡No, señor presidente, incluso vi saltar las tejas!

Y aquí ya nadie entiende nada.

Porque, si han saltado las tejas, quiere decir que los tiros se han disparado contra el techo.

Por tanto, si los Sacco habían disparado, lo habían hecho al aire. Entonces, ¿cómo es que el teniente había sentido que las balas le rozaban la cabeza?

En este punto, el presidente, dándose cuenta de que el asunto puede complicarse, reclama a Nuvoletti, pero ya no le pregunta quién disparó primero.

—¿Cuánto duró el conflicto?

—Dos horas ininterrumpidas.

—¿Tiene idea de cuántos tiros se dispararon entre una parte y la otra?

—He hecho recoger todos los casquillos.

—¿Cuántos son?

—Ochenta.

Todos se quedan asombrados.

Pero ¡¿cómo?! ¿Sólo ochenta balas en dos horas de tiroteo? Pero ¿no son muy pocas?

—¿Los Sacco cuánta munición tenían?

—Una gran cantidad. Si no hubiéramos irrumpido en la casa, habrían

podido resistir durante horas.

—¿Cuántos miembros de las fuerzas especiales había en el lugar de los hechos?

—Más de doscientos.

—¿Cómo es que los Sacco no emplearon el máuser?

—Eso no se lo puedo decir.

En este momento se levanta el fiscal, que está viendo tambalearse el asunto del tiroteo:

—Cuidado, que si se niega que los Sacco utilizaron armas de fuego durante la detención, ¡se sale de una partida y se entra en otra!

Palabras dichas con tono amenazante que significan todo y nada.

Y aquí el fiscal expone ante la corte que el tiroteo también puede explicarse desde un punto de vista ideológico, en cuanto los Sacco, por sus ideas políticas, eran unos individuos subversivos que odiaban a las fuerzas del orden.

Y dice estar disgustado porque tras las rejas no se encuentra también Paolo Tuttolomondo.

—Y ¿quién es ése? —pregunta el presidente, que nunca ha leído tal nombre en los papeles del proceso.

—¡Es el primo de los Sacco! Su inspirador político, ¡ahora, por desgracia, refugiado en Norteamérica! ¡Tuttolomondo es un seguidor entusiasta del bolchevique Antonio Gramsci!

La defensa se pregunta cómo es posible que, si la refriega se prolongó durante dos horas, del lado de los Sacco hubiera un muerto y dos heridos graves y que, en cambio, ni un solo hombre de las fuerzas especiales recibiese siquiera una ligera herida, sobre todo teniendo en cuenta la letal puntería de Vanni Sacco.

Entonces, todos se convencen de que el famoso tiroteo nunca ha existido.

Por eso la acusación acaba rebajada a simple «resistencia a la fuerza pública».

Pero, si fue una simple resistencia, ¿cómo es que hubo hasta un muerto?

Pero es mejor dejarlo correr, no continuar por este camino.

Condenan a los Sacco a sólo dos años.

Luego se pasa al asesinato del capo de la mafia Cuffaro.

Dado que los D'Anna se habían retractado, queda un solo testimonio, Vincenzo Galvano, ahora ochentón, muy enfermo y casi completamente ciego, hasta el punto de que tienen que llevarlo de bracete al banquillo.

Galvano dice que no pudo reconocer a los dos individuos que habían disparado porque se encontraban a demasiada distancia, y él no veía bien a causa de la conjuntivitis tracomatosa.

El fiscal se levanta y se pone a hablar en dialecto, amenazándolo:

—*Zù Vicè, stasira annate a scurare a Santo Vito!*

«Tío Vincenzo —lo ha amenazado—, esta noche irá a dormir a Santo Vito» (que es el nombre de la cárcel de Girgenti).

Pero el viejo se mantiene firme en su declaración.

Interviene el presidente:

—¿Se está retractando? ¡Usted ha dicho a los carabinieri y luego ha confirmado ante el juez instructor que reconoció a Giovanni y a Alfonso Sacco!

—Sí, señor, eso es lo que me hicieron decir después. Pero fue en el primer interrogatorio cuando dije la verdad.

—¿Lo interrogaron antes?

—Sí, señor, en 1923, y dije lo mismo que estoy diciendo ahora.

El fiscal se levanta sosteniendo que Galvano quería embrollar los papeles, que nunca lo interrogaron en 1923.

El presidente coge uno de los folios del sumario y dice:

—Galvano, aquí está escrito: «Preguntado responde que nunca lo interrogaron en relación con este proceso». ¿Por qué ahora dice que ya lo habían interrogado?

—Es lo que me obligaron a decir.

La defensa se emperra en querer todas las actas del proceso de 1923. Y se sale con la suya a pesar de la oposición del fiscal.

Y entre los papeles aparece la declaración que hizo entonces Galvano: nunca había reconocido a los que habían disparado.

Entonces, la defensa, renunciando a su propio perito, pide que el tribunal ordene que sometan a Galvano a un examen médico para establecer si pudo ver lo sucedido hace cinco años.

El presidente convoca al consejo y rechaza la solicitud.

Los Sacco son condenados a cadena perpetua basándose en el segundo testimonio de Galvano, aquel en el que claramente extorsionaron al anciano.

A mitad del proceso, ocurre algo curioso.

El fiscal, durante su discurso, advierte a la corte de que ese proceso no puede de ningún modo acabar sin una sentencia contundente.

Y, entre otras razones, alega que la caza y captura de los Sacco le ha costado a Italia nueve millones de liras.

En este punto, los Sacco se ven perdidos.

«Con nueve millones —escribe Alfonso— en aquella época se podía construir toda una ciudad. ¡Una cifra sorprendente, imposible!»

Sólo su condena puede justificar semejante despilfarro, semejante pompa y circunstancia. ¡He aquí por qué se los ha hecho pasar entre dos kilómetros de carabinieri! ¡He aquí por qué el teniente Nuvoletti ha dicho que las fuerzas especiales que los habían capturado estaban constituidas por doscientos hombres, mientras que ellos habían visto que eran más o menos un centenar!

Desde aquel momento, y hasta el final del proceso, los Sacco se niegan a volver a la sala.

El proceso por el homicidio de Terrazzino es aún peor.

En la sala se lee el testimonio escrito del pequeño Galvano.

Él no se ha presentado en persona porque lo han enviado a Norteamérica para evitar que cambie de opinión durante el juicio.

Y, basándose en ese único testimonio, los tres Sacco reciben otra cadena perpetua.

Para la muerte de Plano y Mangione no encuentran a un solo testimonio de cargo. Condenan a los Sacco basándose en los resultados de las indagaciones de los carabinieri.

La condena establece también que, durante los primeros doce años de cadena perpetua, los Sacco deben estar «incomunicados», es decir, cada uno en una celda individual, sin poder hablar con sus hermanos y sin derecho a la hora de patio.

A Vincenzo lo condenan a diez años por asociación agravada y a otros doce por haber hecho la colecta en el pueblo a favor de los inocentes que estaban en la cárcel, colecta que el juez tipifica como «extorsión continuada».

Girolamo recibe cuatro años por asociación simple.

Cuando Vanni ya está cumpliendo la cadena perpetua, el proceso iniciado siete años antes en el que lo habían condenado por robo de ganado a mano armada, aquel que había sido el principio de todo, llega, después de innumerables recursos, a su definitiva conclusión.

El 12 de octubre, absuelven a Vanni de ese delito.

De la evasión ni se habla, porque no aparece en ningún papel.

## **La cárcel y la gracia**

Salvatore, Vanni y Alfonso comienzan a recorrer la rueda infernal de las cárceles y las penitenciarías italianas: Agrigento, Palermo, Noto, Portici, Poggioreale, Campobasso, Portolongone, Ventotene, Turi y Saluzzo.

Hacen contactos importantes.

Alfonso escribe:

*En Ventotene, al principio, me permitían leer. Conocí a muchos intelectuales perseguidos por el fascismo, y tuve ocasión de estudiar, de entender mejor la situación social y política de entonces. Conocí a Umberto Terracini, que por aquel entonces también estaba en la cárcel. Luego, los fascistas ordenaron que me quitaran los libros. No podía leer, pero podía pensar. Mi familia era socialista y nunca dejamos de serlo; es más, nuestras ideas se vieron reforzadas en la cárcel. Vanni y Girolamo tuvieron ocasión de estar en la misma cárcel que Antonio Gramsci.*

En la cárcel de Turi, Gramsci siente una cierta simpatía por los dos hermanos Sacco; quienes, a su vez, quedan completamente subyugados por la cultura y la humanidad del intelectual.

En la cárcel hay un pobre hombre, de escasa inteligencia, que se parece de manera impresionante a Gramsci: el mismo aspecto, las mismas deformidades físicas. Vanni bromea con Gramsci, idea un plan basado en su semejanza física con el otro detenido para que el intelectual italiano pueda fugarse de la cárcel. A menudo, Gramsci y Vanni se ríen juntos mientras

fantasean con ese plan de huida.

Cuando Girolamo cumpla su condena y quede en libertad, Gramsci le confiará algunos papeles para que los saque de la cárcel.

De vuelta al pueblo, Girolamo se casa (tendrá seis hijos).

Apenas caído el fascismo, dedica todos sus esfuerzos a obtener la gracia para sus tres hermanos. Se convierte en amigo de los democristianos de la época, que prometen ayudarlo a cambio de votos.

Pero todas las solicitudes serán puntualmente rechazadas.

Y eso que en 1960 Girolamo había conseguido recoger nada menos que cinco mil firmas a favor de la gracia.

Es decir, que, dado que Raffadali contaba con 12.294 habitantes, ¡habían firmado todos salvo los niños, los analfabetos y los emigrados!

Salvatore, Vanni y Alfonso, en cambio, no quieren la gracia, de modo que no suscriben las iniciativas de Girolamo.

Quieren la revisión del proceso.

Según Alfonso, que se ha erigido en el portavoz de los tres, el proceso fue irregular y estuvo viciado desde el principio por el deseo de condenarlos. En resumen, los jueces se rindieron a la oprimente petición fascista y dictaron las tres cadenas perpetuas por pura y simple obediencia política.

Es el mismo fiscal jefe de Saluzzo, que desempeña también el cargo de director de la cárcel, quien pide motu proprio la gracia apenas caído el fascismo. Para justificar su petición, apela a la conducta ejemplar de los Sacco durante su estancia en prisión.

Pero el hecho de que los tres hermanos no apoyen la iniciativa provoca que acabe convertida en papel mojado.

Mientras tanto, Salvatore Di Benedetto, hijo del exalcalde de Raffadali, después de haber pasado una larga temporada en Milán como organizador del PCI (partido comunista italiano) clandestino, de haber estado en estrecho contacto con intelectuales como Vittorini, Treccani o Steiner, y de haber sido un valeroso partisano, se ha convertido a su vez en alcalde y lo han elegido

senador.

Él sugiere a Vanni que escriba una carta al senador Umberto Terracini para que se interese, como abogado, por su caso. Y, mientras tanto, él cuenta a Terracini la historia de los hermanos Sacco.

Terracini responde a Vanni con fecha 15 de febrero de 1962.

Él se declara «profundamente impresionado. En efecto, trágica es la suerte que ha golpeado a su familia conduciendo a tres hermanos a la dura y despiadada pena de la cadena perpetua —y prosigue—: Pienso que es un caso único en la historia judicial italiana, tan llena de capítulos desgraciados».

Concluye diciendo que está dispuesto a intentar ayudarlos.

Entonces escribe a Alfonso, quien, además de proporcionarle todas las indicaciones para que encuentre las actas, le dice en su nombre y en el de sus hermanos que quieren la revisión del proceso.

La respuesta de Terracini es inmediata y concreta.

Para obtener la revisión se necesita mucho tiempo y es necesario tener presente que Salvatore y Vanni ya son ancianos. ¿No es mejor tratar de obtener primero la gracia e inmediatamente después iniciar los trámites para la revisión?, pregunta Terracini.

Alfonso acepta la propuesta. Y Terracini se pone manos a la obra. Gratuitamente.

Por lo demás, los Sacco son ahora una familia pobre.

Para pagar a los abogados y mantenerse durante la clandestinidad, han tenido que venderlo todo. En los últimos tiempos, habían conseguido sobrevivir gracias a las colectas organizadas por sus paisanos.

En octubre de 1962, el director de la cárcel de Saluzzo convoca con gran secreto a Alfonso y le comunica que el presidente de la República, Antonio Segni, ha firmado la gracia. Se lo deben a Terracini, quien ha puesto todo su empeño en conseguirlo.

Pero hay una condición: si los tres Sacco se van a vivir al continente, podrán salir a la vez; si, en cambio, tienen la intención de establecerse en Sicilia, deberán salir uno cada seis meses.

Pero los Sacco no tienen parientes que residan en el continente y puedan darles cobijo. Quien decide el orden en el que los liberarán es Alfonso. Le pide al director su palabra de que le guardará el secreto: no debe decirles a sus dos hermanos que la decisión ha sido suya.

El 12 de octubre de 1962 sale primero Salvatore. Tiene setenta y cuatro años y está muy enfermo.

El 12 de abril de 1963 sale Vanni.

El 30 de octubre del mismo año, Alfonso, el único que aún está en la cárcel, recibe un telegrama de Terracini en el que le anuncia que ya ha llegado la orden para su excarcelación.

De vuelta al pueblo, Alfonso se casa con Pina Crapanzano.

Aquella misma muchacha que había visto por última vez en 1926, cuando pasaba entre la multitud, herido y esposado.

Pina lo ha aguardado, sin perder nunca la esperanza, durante casi cuarenta años.

A Alfonso y a Pina la mafia no sólo les ha quitado cuarenta años de vida en común, sino que les ha negado la posibilidad de tener hijos.

Vanni, antes de que la mafia destruyera su existencia, había tenido dos hijos, Luigi y Antonina. Recuperada la libertad, obtiene el pasaporte y se traslada con su mujer a California, a casa de su hija Antonina, y permanece allí hasta el final de su vida.

Su otro hijo, el pequeño Luigi, en cambio, ha fallecido mientras él estaba en la cárcel. Misteriosamente.

Después de obligarlo a ir a Pompeya a un internado para hijos de condenados a cadena perpetua, Luigi muere en circunstancias muy oscuras junto a otro niño, el hijo de Marzullo, quien fue compañero de aventuras y desventuras de los Sacco y a quien arrestaron y condenaron con ellos.

¿No es una extraña coincidencia que hayan muerto a la vez los hijos de aquellos dos hombres que combatieron juntos a la mafia?

Además, nadie les reveló nunca a los padres las circunstancias en que murieron los niños.

Alguien ha supuesto, y quizá no sin razón, que la *longa manus* de la mafia consiguió llegar a Pompeya para asesinar a los dos pequeños inocentes y perpetrar, de ese modo, una atroz venganza.

A la historia a veces le gusta bromear. En 1943, poco después de que los aliados han desembarcado en Sicilia, lo que ha devuelto el poder y el honor a la mafia, a los viejos nombres de capos de la mafia como Vizzini y Genco Russo, otra vez de moda, se añade ahora el de Vanni Sacco.

Es sólo un caso de homonimia: él no es ni siquiera pariente de nuestro Vanni y tampoco es oriundo de Raffadali.

Pero cada vez más a menudo la gente confundirá al uno con el otro.

## **Consideraciones sobre los capítulos**

## Capítulo 1

La resolución de Vanni y Vincenzo de emigrar respectivamente a Estados Unidos y a Argentina con el fin de mandar dinero a casa fue una jugada inteligente. En efecto, la producción agrícola, por culpa de la crisis de aquellos años, no bastaba para pagarle al propietario la cuota semestral. En lugar de emigrar, podrían haberle pedido un préstamo a uno de los bancos de la provincia. Pero Luigi, Vanni y Vincenzo habían visto qué les había ocurrido a finales del siglo XIX —y les continuaba ocurriendo— a muchos propietarios de pequeñas parcelas. Escriben al respecto De Stefano y Oddo:

*El erario público confiscó muchas pequeñas propiedades porque los dueños no pagaban los impuestos, y numerosos bienes pasaron a las manos de unas pocas instituciones de crédito porque sus propietarios no podían hacer frente ni a las cuotas ni a los intereses. Numerosas personas vendieron sus fincas, a pesar de que algunos las habían comprado sólo unos pocos años antes, a individuos que ya poseían uno o más terrenos.*<sup>1</sup>[\[5\]](#)

A los Sacco se los conocía en Raffadali porque nunca le habían hecho un feo a nadie, siempre habían respetado la ley, siempre habían mantenido la palabra dada, siempre habían pagado las deudas. Todo el mundo los apreciaba por su extraordinaria capacidad de trabajo, por el empeño que ponían en todo lo que hacían.

Intachables, siempre les concedían sin ningún tipo de problemas su permiso de armas.

Con el dinero ahorrado, no compraron títulos de la deuda pública, porque

con ese dinero querían emprender nuevas iniciativas, ampliar sus actividades, dar trabajo a otros, beneficiar a su pueblo. Pero, a los ojos de algunos señores, tenían un lunar que no iba a pasarles desapercibido a los poderosos: eran todos socialistas.

## Capítulo 2

En años recientes, una vez terminada la sangrienta guerra declarada por la mafia corleonesa contra sus adversarios internos y luego contra el Estado, ha habido una especie de serpenteante revalorización de la «vieja» mafia. En realidad, y el capítulo lo demuestra ampliamente, la «vieja» mafia estaba compuesta por asesinos tan feroces como la «joven». La única diferencia entre las dos mafias es que la «vieja» tenía lo que ellos llamaban un «código de honor». Pero ese código era delirante, y no tenía en cuenta ni la vida ni el honor de sus víctimas, como puede verse en la atroz masacre de la familia Gallo que se describe en este capítulo.

## Capítulo 3

Alfonso parafrasea a Dante para describir la condición en la que por fuerza los han obligado a vivir. Son unas palabras ejemplares. En un momento dado de su vida tranquila, honrada, laboriosa y productiva, los Sacco son constreñidos a cambiar completamente sus costumbres, los modos de comportamiento e incluso la *forma mentis*. Los fuerzan a entrar «en la selva oscura de donde ya no hemos podido salir». Pero ¿quién quiso meterlos dentro de esa selva oscura? ¿Quién fue el culpable de que la suerte de los Sacco cambiara?

La mafia, claro.

Si se hubieran doblegado a las demandas de la mafia, los Sacco habrían podido continuar con sus actividades, siempre y cuando hubieran cedido una buena parte de sus beneficios. Pero esto, a su vez, les habría impedido desarrollar sus iniciativas.

Y, además, ciertamente, las demandas de la mafia se habrían hecho cada vez más onerosas, agresivas e insostenibles, hasta sofocar completamente cualquier actividad que los Sacco hubieran intentado emprender.

Sea como sea, ¿por qué humillar obedientemente la cabeza? Escribe Alfonso que él y sus hermanos sentían que les hervía la sangre, su orgullo de hombres libres no permitía esa vil sumisión.

Pero no fue sólo la mafia la que los arrojó a la selva oscura.

Uno de los máximos responsables fue el mariscal de los carabinieri al admitir la absoluta impotencia del Estado. Y los jueces que absolvieron a los cuatro imputados, dando por buena su palabra de personas reincidentes en contra de la de los honrados e intachables hermanos Sacco, ¿no los habían

empujado, con toda la fuerza de la ley y tan a fondo como habían podido, dentro de la selva salvaje?

## Capítulo 4

Cuando Salvatore Sacco consiguió saber los nombres de aquellos que habían intentado matar a sus hermanos e indirectamente habían provocado la ceguera de su sobrino, no fue a vengarse en persona —según marcaba la tradición—, sino que presentó la correspondiente denuncia. Aún tenía confianza en la ley. Pero ¿cuánto podía durar tal confianza ante una ley que, aun sabiendo que los Sacco habían entrado en el punto de mira de la mafia, por segunda vez prefería creer en las palabras de delincuentes comunes y era capaz de aceptar falsas pruebas?

Pero es necesario recordar que casi todos los procesos judiciales contra la mafia estaban destinados, en el 99 por ciento de los casos, a concluir con la absolución de los jefes y con pequeñas condenas para sus secuaces. Lo normal era que los absolvieran por falta de pruebas. Cada absolución por falta de pruebas constituía para el mafioso un mérito, una medalla que colgarse. Era la demostración de que la justicia era incapaz de meterlo en la cárcel, evidencia que añadía un halo de astucia demoníaca a la figura del capo de la mafia: «Con él no lo consiguen». Por otra parte, muchos jueces eran benevolentes con la mafia, o bien porque querían vivir tranquilos, o porque estaban relacionados con la mafia a través de parentescos, amistades o colusiones, o porque sufrían chantajes y presiones políticas. Y los que se atrevían a enfrentarse a los mafiosos, en el momento del proceso, se encontraban ante una gran cantidad de testigos que se negaban a declarar —a veces por miedo, a veces por conveniencia— o cuyo testimonio era una completa mentira. Todas las coartadas proporcionadas a los capos de la mafia provenían casi siempre de testigos pagados o que tenían alguna relación con la organización. Y, como

demuestran las estadísticas de la época, en la mayoría de los casos la justicia no perseguía los casos de falso testimonio. Además:

*Cuando un testigo se niega a declarar, no lo hace tan sólo en perjuicio o beneficio de otros, sino también por su propio interés. Y se ve a hombres heridos de muerte que denuncian a su asesino, y luego, cuando se curan, se retractan firmemente de lo que declararon. Y se ve a otros que denuncian a supuestos asesinos en vez de al verdadero; a veces lo hacen para vengarse de otros enemigos y, a veces, para despistar a la justicia y así poder vengarse ellos mismos de quienquiera que los haya agraviado.*<sup>2</sup>[\[6\]](#)

Cuarenta y cinco años después de la encuesta parlamentaria, las cosas no han cambiado en absoluto.

## Capítulo 5

De las dos versiones de la evasión de Vanni, la proporcionada por Alfonso es la menos convincente, aunque sirve para exculpar por completo a los responsables de la cárcel. En efecto, para Alfonso se trató de una distracción de los carceleros de la que Vanni supo aprovecharse. En la otra versión, en cambio, la fuga de Vanni es el resultado de la colaboración de toda la jerarquía carcelaria. Alfonso cuenta que su hermano se evadió junto a otros dos presos a través de una ventana que los carabineros habían dejado sin barrotes porque creían que los presos no podrían llegar hasta ella. Pero, incluso admitiendo que los tres hubiesen podido alcanzar la ventana, ¿cómo consiguieron bajar, teniendo en cuenta la altura a la que se encontraban? ¿Con las clásicas sábanas anudadas? E, incluso suponiendo que hubieran encontrado un rollo de cuerda providencialmente olvidado en la celda, ¿no los habría visto algún guardia o algún transeúnte mientras bajaban a plena luz del día como una cordada de alpinistas? Hay, además, un detalle, y no es irrelevante, que hace aún más misteriosa aquella fuga: a Vanni nunca lo inculparon por escapar de la prisión. Y esto hace sospechar que la dirección de la penitenciaría nunca denunció su fuga.

Por otro lado, quedan por responder dos preguntas fundamentales: ¿quién ayudó a Vanni a escapar y por qué? Quizá fue una víctima de la mafia quien ayudó a Vanni a huir porque esperaba que, una vez en libertad, él y el resto de los Sacco reanudarían su guerra personal contra el enemigo común, una guerra ahora sin cuartel después de la violenta muerte del padre a manos de la mafia. O quizá se trató de un hombre de leyes, quien, dada la imposibilidad de combatir a la mafia dentro de la legalidad, había decidido tomarse la justicia

por su mano. También hay otra hipótesis posible. Matando al padre de los Sacco, que era ya un anciano, la mafia de Raffadali había transgredido abierta y conscientemente el código de honor mafioso. Por eso es un detalle importante que estrangularan a Luigi Sacco: puede que los asesinos del anciano quisieran fingir que su muerte había sido natural para escapar al juicio de las otras mafias.

Sin embargo, pronto se supo que a Luigi Sacco lo habían asesinado y, por tanto, el resto de las mafias de la zona le concedieron a Vanni la oportunidad de escapar de la cárcel para vengar a su padre.

La recuperada libertad de Vanni es comentada así por Alfonso:

*¿Fue para bien la fuga de mi hermano? ¿Fue para mal? No puedo juzgarlo. El resto de los hermanos estábamos en continuo peligro. Después de la muerte de nuestro padre, todos sabíamos que un día u otro podía llegar la nuestra. Además, la fuga de nuestro hermano Giovanni fue la ruina para todos, porque nos obligó a vivir en la clandestinidad. Pero quién sabe si, de haber seguido Vanni en la cárcel, ahora estaríamos todos vivos.*

## Capítulo 6

La historia (al igual que la crónica de sucesos) no se hace con hipótesis, pero hay ocasiones en que uno no puede resistirse a la tentación de pensar en ellas.

Si el mariscal de los carabinieri no le hubiera quitado el permiso de armas a Alfonso y no lo hubiera obligado a echarse al monte (lo cierto es que él no tenía ningunas ganas de abandonar su plácida vida en el campo), ¿habría nacido la «famosa banda de los Sacco»?

Si Vanni hubiera estado solo en la emboscada en la granja, sin Alfonso a su lado, ¿habría podido vencer a los asaltantes? ¿O lo habrían matado y la «famosa banda de los Sacco» nunca habría existido?

De todos modos, los dos primeros componentes de la banda fueron un prófugo al que, en realidad, los cuerpos de seguridad nunca denunciaron por haberse escapado de la cárcel, y una persona a la que nunca se la había inculcado de delito alguno. Como máximo, Alfonso era un señor que iba por ahí armado sin tener en regla el permiso de armas.

La banda de los Sacco (a la que por aquel entonces todavía nadie llamaba así) es una absoluta anomalía. Porque no es más que el resultado de la suma de dos componentes: por un lado, el asesinato de Luigi Sacco por obra de los mafiosos; por el otro, una cantidad insoportable de abusos por parte de las fuerzas del orden y de la justicia.

## Capítulo 7

El único testigo del homicidio de Cuffaro fue el campesino Vincenzo Galvano, un anciano que afirmó haber visto, inmediatamente después del disparo, a dos hombres jóvenes que huían del lugar. Pero no consiguió identificarlos porque sufría de conjuntivitis tracomatosa. Sin embargo, su testimonio bastó para incriminar a los Sacco. En 1923, durante el proceso, los jueces absolvieron a los Sacco porque no había ninguna prueba en su contra.

## Capítulo 8

Algún tiempo después de la fallida emboscada de Aragona, se supo que quienes habían disparado contra los Sacco habían sido o los carabinieri, o algunos «voluntariosos y honrados ciudadanos cansados de sufrir los continuos atropellos de la banda de los Sacco», como escribió un periódico años después evocando el episodio. Huelga decir que los voluntariosos y honrados ciudadanos no eran sino mafiosos expresamente congregados para la partida de caza. ¿Cómo había nacido esta colaboración, por otro lado tan poco habitual? En aquel momento, la mafia rafadalesa todavía no había encontrado un sustituto para el capo asesinado. Aunque, seguros de que habían sido los Sacco los que habían matado a Cuffaro, tenían un fortísimo deseo de venganza. Pero ¿semejante concentración de mafiosos en Aragona no habría despertado en algún momento las sospechas de los carabinieri? Si las fuerzas del orden lo hubieran querido, ¿no habrían podido evitar la emboscada de Aragona? Lo que sucedió fue que la mafia decidió informar a los carabinieri de lo que iba a hacer y, de paso, aliarse con ellos. Les ofrecieron en bandeja de plata la cabeza de los Sacco, lo cual fue posible a causa de la traición del joven aragonés, y los carabinieri no dudaron en participar en la cacería.

## Capítulo 9

Los Sacco nunca abrieron fuego por voluntad propia contra los carabinieri u otras fuerzas del orden (en la emboscada de Aragona no podían saber que también estaban presentes los carabinieri). Los Sacco nunca robaron nada a nadie (la acusación de hurto de ganado que llevó a Vanni a la cárcel se reveló manifiestamente falsa). Dan ganas de preguntarse: ¿qué tipo de banda es una banda que no mata a personas intachables, que no extorsiona, que no comete hurtos o atracos, que no secuestra a nadie? Es una banda tan extraña que sólo podían acusarla, por otra parte sin pruebas, de haber eliminado a unos feroces capos de la mafia y de haber obligado a otros a fugarse. Es una banda que liberó a Raffadali de la opresión mafiosa. Es una banda de hombres decentes, obligados por los acontecimientos y por el Estado, que no sabe defenderlos, a empuñar las armas, a pesar de que eso está en contra de su propia naturaleza.

## Capítulo 10

Cuando supo que habían enviado a Mori a Sicilia para combatir a la mafia, Vittorio Emanuele Orlando pronunció, en el Teatro Máximo de Palermo, aquel famoso discurso que concluía con la frase que se reproduce en el capítulo 10. Quizá merezca la pena citar un pasaje más amplio:

*¡Ahora os digo, oh, palermitanos, que si por mafia se entiende el sentido del honor llevado hasta el paroxismo, la generosidad que se enfrenta al fuerte pero es indulgente con el débil, la fidelidad a las amistades por encima de todo, incluso de la muerte, si por mafia se entienden estos sentimientos y estas actitudes, aunque sea con sus excesos, entonces en tal sentido se trata de distintivos del alma siciliana y yo me declaro mafioso y estoy orgulloso de serlo!*

La mafia de los buenos y viriles sentimientos, en resumen. Un poco como pensaba Tryphosa Bates Batcheller, quien, en su *Italian Castles and Country Seats*, de 1911, sostenía que los orígenes de la mafia debían buscarse «en el instinto primordial del hombre de proteger a su mujer».

Cuando los carabinieri «liberaron» Gangi de los mafiosos (se realizaron cuatrocientos treinta arrestos), Cesare Mori en persona lo festejó solemnemente con un discurso que pronunció desde el balcón del ayuntamiento ante la aterrorizada población. Junto a él estaba Alfredo Cucco, al que el prefecto aún no había identificado como mafioso, y quien llevaba la camisa

negra y un casco de aviador. En cambio, Mori calzaba botas, y una incomprensible y pesada faja azul le atravesaba el pecho. Con voz poderosa dijo, entre otras cosas:

*¡Ciudadanos! ¡Yo no desarmo! ¡El Gobierno no desarma! Vosotros tenéis derecho a que os liberen de la canalla: ¡y lo haremos! Trabajaremos a fondo hasta que toda la provincia de Palermo sea redimida. El Gobierno, os lo prometo, cumplirá con su deber: vosotros cumplid con el vuestro. Vosotros, que no tenéis miedo de los mosquetes, pero tenéis miedo de que os tachen de «esbirros», acostumbraos a considerar que la guerra contra los delincuentes es el deber del ciudadano honrado. Vosotros sois buena gente, estáis sanos y fuertes, sois hombres de los pies a la cabeza: sed, pues, hombres, no ovejas. ¡Defendedos! ¡Contraatacad!*

Defenderse y contraatacar. Pero ¿no era lo que estaban haciendo los hermanos Sacco?

## Capítulo 11

La intervención del secretario político fascista hace salir a la luz, de algún modo, un elemento de fondo, aunque siempre presente: la ideología política de los Sacco.

Los Sacco nunca se han «metido en política» (como se hará en tiempos más recientes), pero esto no impide que todos los hermanos tengan ideas socialistas.

Por tanto, su libertad es una humillación continua para los fascistas.

Además, la fuga de los Sacco ha sido tan vergonzosa para las fuerzas especiales que ahora los odian a muerte. Capturarlos ya no es una simple operación policial, sino casi un asunto personal.

La situación es paradójica.

Los Sacco han liberado a Raffadali de la mafia, lo que constituía el principal objetivo con el que Mussolini había enviado a Mori a Sicilia.

Pero las fuerzas del orden están contra ellos.

Sin embargo, los Sacco no tienen la intención de atacar a las fuerzas del orden. Lo único que les reprochan es no haber hecho nada por ellos cuando más lo necesitaban. Al contrario.

## Capítulo 12

Que el comendador V. fue quien promovió la acción represiva realizada por los hombres de Mori en Raffadali es una hipótesis bastante creíble. La plantea Vincenzo Sacco en la *Biografía* escrita en la cárcel de Saluzzo después de la caída del fascismo.

Pero no hay ningún testigo del encuentro secreto narrado por él con el comendador V., en el curso del cual el comendador habría aconsejado a los dos hermanos que continuaran en la clandestinidad. No obstante, está claro que aquel encuentro, si existió, debió de ocurrir pocos días antes de la llegada de los hombres de Mori a Raffadali.

## Capítulo 13

La violencia con que las fuerzas especiales se ensañaron después de que los componentes de la «banda» se hubieran rendido no se puede confirmar. Aunque es muy probable.

Durante el proceso, nadie le preguntó al teniente Nuvoletti cómo es posible que en un tiroteo que duró, según sus declaraciones, dos horas, uno de los componentes de la banda murió y los otros cuatro acabaron heridos, mientras que ni siquiera a un solo agente de las fuerzas especiales le rozó una bala.

El asalto fascista del 28 de octubre al cuartel de los carabinieri para pedir que les entregasen a los prisioneros confirmó que la «famosa banda de los Sacco» ya no era un asunto de orden público, sino un caso político.

## Capítulo 14

En el mismo artículo del periodista Pirrello, hay también una entrevista al senador y alcalde de Raffadali Salvatore Di Benedetto.

*La gente del pueblo había creado la leyenda también porque les agradaba el hecho de que los Sacco tuvieran un «estilo». Un día, los carabinieri los rodearon en una casa del pueblo. Vincenzo Sacco subió al techo y dio un discurso en el que reivindicó su deseo de justicia. Luego consiguieron romper el cerco y escapar. Habían entendido que, si querían resistir, necesitaban el apoyo de la población. Y el apoyo provenía del hecho de que se oponían tozudamente a la mafia, que era —y lo sigue siendo— cobarde cuando se ve enfrentada a fuerzas organizadas. Los Sacco fueron esto: de algún modo, una fuerza organizada que luchaba contra la mafia con las mismas armas que ella. En el pueblo tenían recaudadores que iban de casa en casa recogiendo fondos en nombre de la banda.*

Leyenda, dice el senador Di Benedetto. Pero ¿qué significa, en términos concretos, combatir contra la mafia «con las mismas armas» que ella? Significa disparar contra los mafiosos tal como los mafiosos disparaban contra aquellos que no querían someterse a sus imposiciones.

Cuando Alfonso recuperó la libertad, concedió algunas entrevistas. Y, cuando aparecieron publicadas, puntillosamente corrigió al margen, con una pluma, las inexactitudes que había en ellas.

En el artículo de Pirrello, donde se admitía que la muerte de Plano y Mangione había sido obra de los Sacco, Alfonso no hizo ninguna corrección.

Por tanto, quizá no todo fuera leyenda.

## Capítulo 15

Los hermanos Sacco se declararon siempre inocentes de los delitos que se les atribuyeron. Y mantuvieron firmemente esta posición durante todos los años que pasaron en la cárcel y también después de haber recibido la gracia.

Pero, entonces, ¿quién mató a los dos capos de la mafia Cuffaro y Terrazzino, lo que asustó de tal manera a los demás mafiosos rafadaleses que acabaron fugándose? Por supuesto, no es en absoluto tarea de los Sacco dar los nombres de los verdaderos culpables.

No obstante, una hipótesis que Alfonso deja traslucir es que los dos homicidios fueron fruto de un conflicto interno o que quizá quien los cometió fue alguien que, exasperado por las vejaciones de los mafiosos, se decidió a actuar en el momento más oportuno, es decir, sabiendo que le endosarían el crimen a los hermanos Sacco. Éstos, sin duda, se habrían limitado a acciones más comedidas, como asustar de muerte a aquel abogado que era el ideólogo de la mafia.

En honor a la verdad, no se puede, por otra parte, afirmar que el último proceso contra los Sacco, el definitivo, se desarrollase en un clima de serenidad y de imparcialidad. ¿Y entonces?

¿Los Sacco, justicieros solitarios, infalibles tiradores, incansables e inasibles combatientes, sólo habrían sido una leyenda pueblerina?

¿La mafia habría sido derrotada por tres caballeros inexistentes?

¿Por armaduras vacías?

¿Por simples apariencias?

Si es así, ¡qué bellísima historia!

**Nota**

Esta historia, absolutamente auténtica, he podido escribirla sólo porque Giovanni Sacco, uno de los seis hijos de Girolamo, me ha invitado a contar las vicisitudes de su familia y me ha proporcionado documentos oficiales, escritos familiares y también las actas del proceso.

Y por eso deseo agradecerérselo sentidamente y dedicar este libro a su memoria.

Yo me he limitado a cambiar a veces algunos nombres o a usar falsas iniciales.

He intentado contar, a través de este «*western* de la Cosa Nostra», para usar un título de Sciascia, cómo la mafia no sólo mata, sino que, allí donde el Estado está ausente, también condiciona y trastorna irreparablemente la vida de las personas.

A. C.

## Notas

[1] En sentido literal, «pulpo»; en sentido figurado, «sanguijuela». (*N. del t.*)

[2] Malvado personaje de *Los novios*, de Alessandro Manzoni. (*N. del t.*)

[3] Renda, F., *Storia della Sicilia dal 1860 al 1970*, vol. II, Sellerio Editore, Palermo, 1985.

[4] Smith, D. M., *Storia della Sicilia medievale e moderna*, Laterza, Bari, 1970.

[5] Oddo, F. L., y F. De Stefano, *Storia della Sicilia dal 1860 al 1910*, Laterza, Bari, 1963.

[6] *Relazione della Giunta d'inchiesta parlamentare 1875*, vol. II, Bologna, 1969.

*La banda de los Sacco*

Andrea Camilleri

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *La banda Sacco*

Diseño de la portada: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta.

Ilustración de la cubierta: © Fabian Pérez. Smoking under the light III

© de la fotografía del autor: Jim Ferguson

© 2013 Sellerio Editore, Palermo

© por la traducción, Juan Carlos Gentile Vitale, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2015

ISBN: 978-84-233-4916-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.

[www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)